Eufemia



Ved mortales el fruto desabrido,
que el rigor de una Madre ha producido.

EUFEMIA,

Ó EL TRIUNFO

DE LA RELIGION.

DRAMA DIVIDIDO

EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

M. D' ARNAUD.

Traducido del francés al castellano.

CUARTA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE DON ANTONIO MARTINEZ.

calle del Burro, donde se hallará.

1821.

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga, calle de las Carretas, frente á la Imprenta Nacional; en la de Castillo, frente á las gradas de san Felipe el Real; en la de Gonzalez, calle de Atocha, frente á los Gremios, y en la Imprenta de Martinez, calle del Burro.
Su precio 4 rs.

PRÓLOGO.

Este Drama es feliz produccion del célebre Poeta francés M. D' Arnaud. Es una pieza perfecta en todas sus partes, y original en su género. Su principal objeto es hacer ver del modo mas patético como la gracia vencedora triunfa de la mas dominante pasion del corazon humano: por eso oportunamente le intituló su Autor: *El triunfo de la Religion.* El estilo con que lo persuade en su original, es vivo, enérgico, brillante, y que á un tiempo insinúa é introduce suavemente las razones en el entendimiento, y hace que las abrace amorosamente la voluntad; pero el mismo hecho de ser en su original tan cabal esta pieza, hace temer que cotejada con esta traduccion, diga alguno:

O quantum hæç Niobe, Niobe distabat ab illa!

O como dixo Virgilio Malvezzi cuando leyó sus obras traducidas en otros idiomas: *Questi non ci traducono, má ci tradiscono.* Mas quien sabe lo dificil que es copiar de un idioma á otro,

no solo el alma del concepto, sino tambien la violencia con que se explica, habrá de disimular los defectos que hallare en esta traduccion. Las obras de los PP. Chrysóstomo, Nazianzeno, Atanasio y otros jamás en el idioma latino han podido conservar la nativa elegancia que en el original griego, si creemos á los Autores que los poseen ambos, y que han hecho de estas obras, y de sus traducciones un exacto y cuidadoso careo. Pero sobre esta dificultad transcendental y comun en toda traduccion, y que para superarla han escrito tratados Didácticos muchos, y clarísimos Autores, como lo son: el Illmo. Huet, Enrico Estéfano, Jacobo Bilio, Juan Gaspar Sviçeri, M. Duncange, el Sr. Andilly, el Illmo. Presidente Cousin, y M. Lestargo, hay un particular embarazo en la presente traduccion: este es traducir del verso de un idioma al verso de otro. Se hallarán sin duda muchos que sean hábiles, y aun excelentes traductores en la prosa; mas si se aplican á traducir en verso, no lo serán me-

dianos, aun cuando les concedamos para su idioma nativo numen poético.

El Illmo. P. Mro. Feijoó, que era excelente traductor de la prosa francesa á la castellana, como lo manifiesta en muchas partes de sus obras, siempre que se le ofrecia traducir de verso á verso, se valia de otro, como él mismo confiesa en muchas partes. No puede atribuirse esto á que carecia de numen poético, pues sabemos que *la conversion y desengaño de un pecador*, *y la conciencia en metáfora de relox* son obras suyas. Acaso probó la dificultad, y conociendo que este género de traduccion sobre el trabajo, pide mucha morosidad, que no se podia conciliar con su fogoso genio, y veloz talento, abandonaria esta ocupacion, dejándola á otro, para seguir él sin embarazo el rápido vuelo de su pluma. Sea lo que fuere de esta conjetura, lo cierto es que él mismo conoce la dificultad de traducir de verso á verso por estas palabras: "La gracia, esplendor „y hermosura de un idioma son tan inheren-

»tes en las composiciones poéticas al mismo »idióma, que cuando se intenta transferirlas »á otro diverso, casi enteramente pierden su »valor; como en gran parte pierden su virtud »las plantas medicinales, trasladadas del suelo »nativo y propio para ellas á otro, que les es »extraño é incompetente.

Este mayor grado de dificultad, que se ha dicho hay en la traduccion de verso á verso, asciende á un punto muy superior, cuando se traduce del verso francés al español. Esta arduidad nace del diverso, y aun opuesto gusto que han seguido los Poetas de ambas naciones en sus composiciones. Dos cualidades símbolas bien facilmente se unen; pero si son opuestas, las destruye quien quiere unirlas. Esto sucede efectivamente entre las propiedades adherentes al verso español y francés; aquel es remontado, artificioso, lleno de voces exóticas, alusiones y figuras: y éste sencillo, llano, natural, y que abunda de frases usuales, comunes y simples. Bien claro es lo dificil de unir

propiedades tan opuestas. El P. José Francisco Isla fue habilísimo y diestrísimo traductor: de modo, que muchas veces nos da con mas gracia, claridad y energía explicado en la traduccion el concepto original, como podrá verse en su traduccion de la vida del gran Theodosio; con todo confiesa esta mayor dificultad que halla en la version del verso francés al español en unos pocos que tuvo que traducir en la Historia de España, escrita por el P. Duchesne. Es preciso confesar, que la presente traduccion ha salido mucho mas dilatada que su original. M. Lestargo, citado, no quiere que el traductor se ligue con servidumbre á las voces y expresiones originales. Con arreglo á esta instruccion se empezó y continuó en gran parte esta traduccion, y por esta causa ha salido algo mas difusa que su original. Además, que es dificil y aun imposible, que saque una traduccion castellana el mismo número de versos que el original francés; porque el endecasílabo de esta nacion consta de trece

sílabas, y el castellano de once, y es mucha la ventaja de dos sílabas en cada pie, para que se pueda decir lo mismo en una lengua que en otra sin aumentarlos. En efecto el referido P. Isla sucumbió á esta dificultad aumentando muchos pies en su traduccion, como él mismo lo confiesa en el lugar citado. El haber ponderado hasta aquí las dificultades que hay en la traduccion de esta pieza, ha sido con el solo designio de que los lectores sean indulgentes en los defectos que hallaren. No es fácil caminar sin tropiezo por un camino donde se cuentan los precipicios por los pasos, y mas cuando el caminante tiene poco conocimiento del terreno. El de la Poesía es poco pisado del Traductor que está destinado á empleos mas serios; pero esta misma ligacion pide de justicia alguna honesta diversion en otro género de estudio menos laborioso, que sin ser tarea, deje de ser ociosidad. Semejante satisfaccion dió la décima Musa de nuestros siglos, Juana Inés de la Cruz, en iguales circunstancias por aquellos versos:

Recibid aquesos rasgos, &c.

El citado P. Mabillon no reprueba en los religiosos la aplicacion á la Poesía; antes bien con testimonio de Ciceron, la tiene por muy útil, "si con bellas imágenes, figuras, voces y periodos, se representan con hermosura, viveza y energía las importantes verdades de la Moral Cristiana, se ilustran las virtudes, y se inspira en los lectores un verdadero amor á ellas, y horror á los vicios." Estoy cierto, que el crítico mas rígido colocará en esta clase de Poesías este Drama.

Para su exacta y natural representacion pone su Autor la siguiente nota, á la que en lo posible va arreglada esta traduccion: *el rasgo pequeño indica una leve suspension: el mayor una notable.* Estas leves interrupciones de la representacion empleadas con oportunidad y tiempo, darán mucha viveza á la accion, y al afecto, y son no menos necesarias en las decoraciones, que en la leccion los puntos, comas, &c. Vale.

PERSONAS.

Eufemia, Religiosa.

Theotimo, Religioso.

La Condesa de Orzé.

Melania, Religiosa.

Cecilia, Religiosa.

Una Hermana Lega.

EUFEMIA,
Ó EL TRIUNFO
DE LA RELIGION.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una celda de la mayor simplicidad: á la izquierda poco distante de la pared está un ataud, á cuyos pies se ve una lampara encendida: á el mismo lado mas á la parte anterior de la escena está un reclinatorio, sobre el cual se deja ver un Crucifijo, y á sus pies una calavera. Sobre el reclinatorio habrá algunos libros de devocion. Y se observará que algunas sillas de enea oculten un poco el ataud á las personas que entren en la celda. Se ha de figurar como que empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

Eufemia sola apoyando una mano sobre el ataud en ademan de quien se levanta.

Eufemia.

¡Qué! en este lecho fúnebre y sombrío,
que á todas horas baña el llanto mio,

donde viven conmigo eternos sustos,
donde entre horrores, ansias y disgustos,
triste especie de obscuras fantasias.
el fin me representa de mis dias:
donde mi corazon, ¡ó trance fuerte!
¡se ensaya á el fatal golpe de la muerte!
¡qué! en este sitio, (el alma se confunde:)
¡qué horrores causa, qué temor infunde,
aun ocuparse el corazon se atreva
de memorias que el mismo Dios reprueba!

Deja el ataud y va con precipitacion á arrojarse á los pies del reclinatorio.

¡Dios mio! ¡Jesus mio! ¡dulce esposo!
¿qué? ¿no podrá tu brazo poderoso
triunfar con celestial soberanía
de una tan criminal propension mia?
tu esposa, sí; tu esposa á tus pies llora,
pide tu gracia, tu poder implora.
A tu voz sola el irritado viento
se aplaca, se sosiega en un momento:
tu soplo enciende y mata en otro instante
voraz llama del trueno fulminante:
á el sublevado mar le tranquilizas;
el monte tocas, vuelveslo en cenizas:
¿y no será capaz tu poderío
para traer á tí el corazon mio?
que por mas que á servirte se dispone,

su fe quebranta, y á su Dios se opone:
serena pues, bien mio, esta tormenta:
quieta el viento de mi pasion violenta:
de tu poder el soplo ahogue la llama
de fuego impuro en que el amor me inflama.
Toque este monte tu divina mano,
y abrasese en incendio soberano.
Destruye sentimientos tan culpables,
que ruinas causan mas irreparables,
y en combates mil veces repetidos
postran á el alma, rinden los sentidos.
Rompe este corazon tumultuado,
que cadenas arrastra del pecado,
y no aquellas con que tu dulce mano
con vínculo inmortal y soberano
me ligó con muy tierna confianza,
cuando me uniste á tí en feliz alianza.
¿Qué es la virtud del Cielo abandonada?
es flaqueza, es un vicio, un crímen, nada.
En vano pues la mia pide muda
un deber importante sin tu ayuda.
Si á Eufemia has de vencer, Dios poderoso,
todo vuestro poder.... se hace forzoso.

Postrase mas profundamente, y llorando con amargura continua.

Corren mis llantos, suenan mis gemidos,
ni aquellos mueven, ni estos son oidos.

Descienda ya, Señor, baje á mi seno
el puro amor, destierrese el obsceno.
Haz cesar mis combates, quieta, calma
la ciega turbacion que agita el alma.
Reyna tú solo en ella, triunfa, premia,
Eufemia sea de Dios, y Dios de Eufemia.

Tomando con ambas manos la calavera.

Y tú á quien los mortales mas injustos
miran llenos de horror, pavor y sustos...
¡ah! ¡y cómo tu presencia en mí me abisma!
si en tí miro la imágen de mi misma.
Ven acá, Eufemia, aqui es bien consideres
los atractivos con que agradar quieres.
Mas... ¡ó Cielos! ¿soy yo la que esto miro,
y á un mortal oso amar?... mi Dios, yo espiro.
Inclínase mas profundamente.

ESCENA II.

Melania, Eufemia. Esta levantándose con precipitacion, y yéndose hacia Melania.

Eufemia.

¿Y bien, Melania, en este Santuario
estará ya aquel Santo solitario,
por quien la ley nos reta y nos arguye,
por quien la verdad habla y nos instruye?

¿vendrá ya á reanimar con zelo ardiente
mi virtud casi ya desfalleciente,
á sujetar un ánimo caido,
largo tiempo agitado y combatido,
y á someter á su deber preciso
mi corazon indócil y remiso?

Melania.

Ya vendrá aquel por quien tu pecho clama;
pues Cecilia solícita le llama.
¿Pero á qué turbacion tan insufrible
te abandona tu espíritu? ¿es posible
que agena de esperanza y de consuelo
alimentes cubierta de ese velo
una llama voraz, pasion tirana
de un insensato amor? ¿qué, amada hermana,
contra tu razon misma, aun esto es nada;
contra Dios á quien te hallas consagrada,
vive en tí la ilusoria imágen triste
de un objeto que fué; mas que no existe?
la muerte....

Eufemia.

Sí; la muerte, ese implacable
monstruo contra la vida inexorable
de mi Simbal, por mas (¡oh trance amargo!)
que eternamente en un mortal letargo
le haga dormir en lóbregos parages,
no le podrá robar mis homenages.

En mi memoria vive; é insinuado
en este corazon despedazado
con un trastorno nunca hasta aqui oido
á el mismo Dios se mira preferido.
Yo lo confieso: no ocultar medito
todo el exceso de este mi delito.
Nunca como hasta aqui llama lasciva
víctima de su amor me abrasa viva.
Yo le miro, que con aspecto ayrado,
de las funestas sombras rodeado
de la noche, colérico se arma
contra mí y mi quietud tocando á el arma:
hasta en este ataud horrendo lecho
su furor me persigue á mi despecho.
Pensaba deponer en él mis sustos,
mis tedios, mis pesares, mis disgustos:
agravados mis ojos con el llanto,
apénas se cerraban con espanto,
y mi alma cediendo á infeliz suerte
se ensayaba en el sueño de la muerte;
cuando, ¡ay Dios! una especie muy sombría,
una triste espantosa fantasía
á mis cerrados ojos se presenta,
que me conturba, espanta y amedrenta.
Todo fue horror; conturbacion fue todo:
oye, amiga, soñaba de este modo:
una lúgubre antorcha me prestaba
opacas luces con que me alumbraba;

y á favor de esta lámpara sombría
mis sustos y pesares divertia:
(si con la diversion se encuentran juntos
los sepulcros, espectros y difuntos.)
Cuando oigo un trueno al que previene un rayo,
nuncio horrible de mi mortal desmayo:
percibo un grito entre funestos ecos,
la tierra se estremece, y de sus huecos
sale un fantasma del horror vestido,
furioso el rostro, horrisono el gemido:
en su diestra un acero manejaba,
con que mi triste vida amenazaba:
á largos pasos hácia mí se abanza,
yo me turbo, él se acerca sin tardanza,
se presenta á mi vista, miro atenta....
reconozco (aqui el alma desalienta
conturbada de un fuerte parasismo:)
reconozco á Simbal, que es de Dios mismo
atrevido ribal, que airado osa
usurparle derechos de su esposa:
miro á Simbal á quien mi fe debia
arrojar de una vez del alma mia;
mas que arrojado de ella vuelve luego
armado de carcax y arpon de fuego...
"Ven tirana; yo soy, medice airado,
»Simbal injustamente abandonado.
»No opongas, no, el altar de un Dios zeloso
»á tu primero y verdadero esposo.

„Su altar aunque tan sacro, augusto y regio
„de ningun modo goza privilegio
„de contenerme." Luego hacen pedazos
este velo sacrilegos sus brazos:
como ellos hacen á los mios ventajas
por entre huesos, muertos y mortajas,
me arrastra con furor y con espanto
insensible á mis gritos y á mi llanto.
De uno en otro ataud voy tropezando,
huyendo su furor rabioso, cuando
del borde de un sepulcro en él me arroja....
considera, Melania, mi congoja;
y mas cuando advertí que Simbal fiero
entró en mi pecho su sangriento acero,
y estallando aqui un rayo con ruidos
quedamos igualmente ambos heridos.

Melania.

En esta soñolenta fatasía
nada hay de realidad, hermana mia.
Todas son sombras vanas é ilusorias
como las de la noche transitorias.
Tú misma en conservarlas en tu seno
te preparas el vaso del veneno;
y tú misma con eso afilar quieres
la mortal flecha á cuya herida mueres.
No lograrás, Eufemia, la victoria
si á ese objeto no arroja tu memoria.

Eufemia.

¿Y es facil para mí tal expediente?
¡ah! mi hermana, tu ignoras ciertamente
el lugar poderoso que en mi pecho
mi pasion invencible ya se ha hecho:
su monstruoso poder, mi amor sin tasa,
y el fuego en fin ignoras que me abrasa.

Melania.

Tu habrás creido segun lo que supones
á Melania insensible á las pasiones.
Pero no, no lo soy: sí, he colocado
mis votos, mis afectos, mi cuidado
en quien es sin mudanza y con firmeza
digno objeto de toda mi fineza.
Descubrirte he mi pecho, hermana mia,
á fin de si por esta extraña via
en tu provecho hacerte ver consigo
la indignacion de Dios para conmigo.
Sí, mi Eufemia, sí, hermana, yo contemplo
te comunique alguna luz mi egemplo.
Este designio solo es quien me obliga
á exponerte mi pecho como amiga:
y por ver si consigo tal intento,
escucha, Eufemia, que mi historia cuento.
Inclineme yo siempre con blandura
á el cariño, á el amor, á la ternura.
Yo misma fomenté con ardimientos

la ebriedad de estos dulces sentimientos:
ellos eran los lazos lisonjeros,
los vinculos mas fuertes y hechiceros,
con que mi corazon se vió engañado,
mas complacido cuanto mas ligado.
De este amoroso orgullo preocupada
siempre fuí en su favor interesada.
A el fin la edad toqué en que el alma misma
ya se asombra, ya teme, ya se abisma
del trasporte, con que en confusa turba
la pasion amorosa la conturba.
El amor sobre mí con signo ardiente
iba á determinar ya su ascendiente;
iba ya á cautivarme sin remedio
cuando se abren mis ojos: ví con tedio
abismadas en un dolor profundo
mis hermanas, en la ocasion que el mundo
debió lisongearlas: una vierte
lágrimas por su esposo, á quien la muerte
de entre sus brazos cruel robado habia
de su dulce himeneo á el primer dia.
La otra suspira amante infortunada
el despecho de verse abandonada
de un seductor, que pérfido y aleve
niega á su honor las deudas que le debe.
La paz vuelve á mi padre á nuestra tierra
de donde ausente estaba por la guerra.
Aun no empezó nuestro filial afecto

á gozar de su amable dulce aspecto,
cuando el hado que ser cruel medita
con improvisa muerte nos le quita.
Su amigo desdichado que en prisiones....
yo me transporto en estas reflexiones.
Yo dilato mi vista por el mundo;
me sumerjo, me abismo, me confundo.
Sí: á los Reyes contemplo, y Potentados
de inmortales fatigas rodeados;
y sus augustas vandas distinguidas,
de sus lágrimas mismas deslucidas.
Lo sacro de los tronos no se exime
de los perpetuos sustos que le oprime.
Esta imágen de gloria insubsistente
debió dar luz á mi ofuscada mente,
y ahogar en su principio con aliento
aquel tierno engañoso sentimiento,
con que el amor armado de su aljaba,
ya me daba la ley y dominaba:
pero en vano la débil razon mia,
murmurando en secreto me oponia
á esta de amor necesidad vehemente
altos gritos que daba mudamente.
Quiero no amar; mas cuando hacerlo oso
mi mismo corazon me es alevoso.
El me causa traycion; yo no peleo;
ríndome á amar; mas ya que del deseo
vencida á la pasion, amar elijo,

les quiero señalar objeto fijo
á aquellos movimientos vacilantes,
que indecisos en mí vagaban antes.
Y pues mi inclinacion á amar me llama,
puse á Dios por objeto de mi llama.
Desde este punto, el mundo y sus antojos
desaparecen prontos de mis ojos,
como una sutil sombra pasagera,
fugaz é imperceptible en su carrera.
Olvido sus promesas, sus privanzas,
desprecio lisongeras esperanzas,
que atrevidas me brindan con jactancia
las riquezas, el lujo, y la abundancia.
A pesar de mis padres y mis deudos
para pagarle á Dios debidos feudos,
á sus Altares corro sin ficciones
ligándome por siempre en sus prisiones.
Dios que no arroja fieles sentimientos,
recibió mis solemnes juramentos:
y yo que á amarle solo me apercibo,
lo encuentro todo en él, y por él vivo.
Amada hermana, á mis fogosos raptos
los amores de un Dios solo son aptos.
Arbitro de este amor que en mi alma nace
como Dueño y Señor lo satisface.
Mi llama en todo tiempo, á él solo atenta
se purifica mas, y mas se aumenta.
Este amor celestial fogoso y fuerte,

esento de mudanzas de la suerte,
no teme aquel comun fatal destino,
propio de amor humano aun el mas fino,
á quien su misma posesion destruye,
la muerte acaba, el tiempo disminuye.
No á un amante vulgar mi amor se ofrece,
que fastidia, se muda, ó que perece.
Por Dios ardo ; mi amor á él solo aprecia;
y el alma mia que de inmortal se precia,
proporcionada á el fuego que le inflama,
se arde inmortal en una inmortal llama....
¡ah! hermana mia, permite que te diga
tomes parte en la dicha de esta amiga.
Dios solo.... sí: Dios solo que nos premia
debe ocupar el corazon de Eufemia.

Eufemia.

Yo le pido con lágrimas, hermana,
que acabe en mí memoria tan tirana,
que el deber, el honor, mi interés mismo
me ordenan desterrar en el abismo.
¿Esta gracia, mi Dios, que os pido ansiosa,
será á vuestro poder dificil cosa?
todo me lleva, y mi memoria arrastra
á una inflexible madre, cruel madrastra,
que sorda á mis gemidos, dura al llanto,
cerró su corazon á mi quebranto.
Que por un hijo solo (¡ay madre ciega!)

á un padecer sin término me entrega,
que me oprime con modos inciementes,
y encerrando mis años florecientes,
en las sombras de un claustro que me asusta,
tirana cruel con fiero placer gusta,
romper lazos, con que un amor ardiente
unió dos corazones fuertemente.
Mas, ¡ay Madre! Con todo quiere el Cielo
que tu memoria sea mi consuelo.
Tú me eres siempre amada: tus crueldades
no podrán conseguir que no me agrades....
sin duda tu furor causó con ceño
la injusta muerte de mi amado Dueño....
Esta imágen me oprime, me atormenta,
irrita mi dolor, y me lo anmenta.
Yo misma he consumado el sacrificio:
yo me he impuesto.... el mas bárbaro suplicio:
yo he perdido á Simbal; (¡pena crecida!)
¿Qué pues me importa el mundo? ¿qué la vida?
yo arrojo de mí á Dios, ayrado huye:
Simbal es quien lo arroja, quien lo excluye.
Mole inmensa de tedios impacientes
carga mis fuerzas ya desfallecientes.
Simbal roba mis votos: él me hace
seguirle hasta el sepulcro donde yace.
Deja, hombre, á Dios siquiera en ahogos tantos
estos remordimientos y quebrantos.

Melania estrechándola en sus brazos.

Melania.

Hermana, amiga amada, hácia Dios corre,
que es quien en nuestros ahogos nos socorre.
No á el dolor con excesos te abandones:
es preciso ocultar tus turbaciones.

Eufemia.

¡Ay de mí! hermana, ya es frustrado intento.
pues se redoblan mas cada momento.

ESCENA III.

Melania, Eufemia y Cecilia. Melania á Eufemia.

Melania.

Cecilia viene, hermana.... disimula....
este fiero dolor que te atribula.

Eufemia.

No, hermana, no. Yo á su presencia quiero,
y á la del mundo todo, que mi fiero
dolor estalle: intento que mi crímen....
causa de estos pesares que me oprimen,
mis desesperaciones y hado adverso
sirva de egemplo á todo el universo.
Sépase pues (mi obstinacion se arguya:)
que muero yo, ¡ó Simbal! víctima tuya.

Cecilia con voz sevéra á Eufemia.

Cecilia.

¿Qué dices? ¿qué aun te abrasa el deshonesto
fuego de amor? advierte, que bien presto
á el sagrado Ministro ver te obliga
de un Dios que justo, crímenes castiga.
Mira que ante el ungido de Dios vivo
de sus consejos, de su ley archivo
has de asistir: tambien quiero advertirte,
que acaso Dios cansado de sufrirte,
y de haber siempre en vano en ti empleado
sus amenazas, se resuelve ayrado
por castigar tu dura pertinacia
á cerrarte el tesoro de su gracia.
Yo lo temo, (no mi rigor asombre;)
sí, hermana, si es que es digna de este nombre
una pérfida esposa, infiel y ciega,
que sin pudor á Dios sus votos niega.
¿Qué esperas pues, sino que justo esgrima
la espada del rigor y ella te oprima?
la rebelion á Dios, que en tí contemplo
para nosotras es fatal egemplo.
Ella nos turba, arruina, atemoriza,
y nuestro pundonor escandaliza.
Expía pues con méritos iguales
esos de Dios olvidos criminales.
Si en tu ayuda y socorro no le llamas,
si fiel y arrepentida no le clamas,

si con el llanto tierno que le agrada,
su Altar no bañas; tiembla, desdichada.
No le esperes un Dios manso y clemente;
sino es un Juez ayrado é impaciente
de pronunciar contra tu rebeldía
el decreto fatal que detenia.
Su equidad le executa; él justiciero
no te puede absolver, si tu primero
no te conviertes. Con mortal desmayo
miro armarse su brazo con un rayo
que va á estallar, que con furor inflama
de infernal fuego, en que arderás, la llama.
Yo miro horrorizada los abismos
abiertos bajo de tus pasos mismos;
y que á estos sitios de dolor y tedio
te vas precipitando sin remedio.

Eufemia se turba á estas últimas palabras. Melania con transporte á Cecilia.

Melania.

¿Qué es lo que osas decir, bárbara, fiera?
suspende el labio...Imágen tan severa
no es imágen de Dios. Tú le has pintado,
vengativo, cruel, furioso, ayrado.
¿Pero cuando las culpas á millares
no encontraron perdon en los Altares?

A Eufemia con voz tocante estrechándola en sus brazos.

Vé, amada Eufemia, corre, hermana mia,
á arrojarte con alma humilde y pia
(que con ella es preciso que le cuadres,)
á los pies del mas tierno de los Padres.
En sus aras ofrecele sin mora
tu corazon; que pues amar no ignora,
él llenarse sabrá y quemarse fino
en el incendio del amor divino.
Ama solo á tu esposo; ahogar pretende
esa pasion tirana que le ofende.
Disputa á tus sentidos la victoria
que te roban con mucha vanagloria.
De la carne que indómita enemiga
con sus choques pretende, y con fatiga
usurparte del mérito la palma,
y sujetar á su faccion tu alma,
reprime, postra con valor y alientos
los rebeldes é impuros movimientos.
Vuelve á Dios que te llama, en él reposa,
hurtate al mundo, vuelvele su esposa.
Mira como de tí desde los Cielos
se agrada; te procura con desvelos,
y alas te dá de inspiraciones santas,
á fin de que los vuelos que levantas
á él se ordenen: por esto te desveles;
su centro busques y á su esfera vueles.
Dejate penetrar con eficacia
del invencible fuego de su gracia.

Nuestro Dios, cuya ciencia es infalible,
ha formado tu alma muy sensible,
para no haberte de inspirar amante
este amor vencedor, puro, constante,
que despreciando al mundo y sus consuelos,
nos eleva hasta el Cielo con sus vuelos.
El, ¡ó mi hermana! alguna vez nos hiere;
mas con todo está cierta que nos quiere.
No temas pues á este ministro suyo;
que si él le envia, con razon arguyo,
no hará oficio de un Angel que extermine,
sí de consolador que te ilumine.
El compasivo á sentimientos tantos
enjugará tus lágrimas y llantos.
La piedad verdadera es evidente,
que es benigna, sufrida é indulgente.
Eufemia se retira en el mas profundo dolor.
¿Puede animarnos otro sentimiento,
si pensamos con fiel conocimiento
la condicion de un Dios tan agradable,
tan dulce, tan benéfico y amable?

ESCENA IV.

Melania y Cecilia.

Melania.

Y tú, Cecilia, es bien que á Eufemia alientes,
escusando esos raptos inprudentes.

Tu virtud destemplada, cruel, austera,
tu rigidez, tu condicion severa
llenó indiscreta el corazon de Eufemia
del terror y el espanto que la apremia.
El eco que amenaza un zelo estraño
es parto del error y del engaño.
La suavidad que del amor dimana,
el espíritu es de la cristiana
moral: la ha de inspirar zelo suave,
no voz que asombre, no terror que agrave.
Su carácter...

Cecilia enfurecida.

Cecilia.

Suspendete algun tanto:
mi indignacion iguala á mi quebranto.
¿Qué? ¿en lugar de animarte de mi zelo,
de tomar por tu causa la del Cielo,
lisonjeas, sostienes y provocas
la insensatez de unas pasiones locas?
¿Por qué, dime, á esa infiel tu voz alhaga,
que tan ingratamente á Dios le paga?
¿Quieres que la indulgencia aun ella espere
del mismo Dios á quien con culpas hiere?

Melania.

¿Y qué, Cecilia, aun duran tus rigores,
y ese pecho inflexible á los clamores

de una afligida? ¿qué? tu orgullo todo
le has de cifrar con arrogante modo
en hacerte insensible, cruel, tirana,
á la afliccion de nuestra triste hermana?
Ya es bien, Cecilia, que á acordarte empieces,
de lo que he repetido muchas veces.
Hermana, cree que Dios es muy humano;
no es algun sanguinario, cruel, tirano.
Jamás fué inaccesible su clemencia
á una síncera y pronta penitencia.
¿Puede llamarse una grandeza inmensa
si ignora ó tarda en condonar la ofensa?
¿Su sangre, dí, no la derrama y muere
por ingratos, que dar remedio quiere?
Eslo, yo lo concedo, nuestra hermana;
mas postrada á sus pies con fé cristiana,
fiel se aflige, culpada se confiesa,
conoce su delito y de él la pesa.
¿Reusará la piedad de Dios esquiva
extenderla su mano compasiva?
No, hermana, cree que á su agitada mente
descenderá la gracia ciertamente.
Consolémosla pues sin entereza,
y lloremos con ella su flaqueza.

Cecilia.

Su flaqueza, ¡gran Dios! ¡á quien ofende!
¿qué; tu cólera justa se suspende?

¿Qué culpas, pues castigará tu mano,
si impunes corren las de Eufemia en vano?
Ella despues que á tí se ha consagrado,
de su pérfido pecho no ha arrojado
aquel objeto que alhagueño y pulcro
renaciendo del lóbrego sepulcro,
siempre adquiere dominio mas pujante
sobre su alma, sin que el horror la espante.
¡Qué! ¡despues de diez años que suspira,
que llora, que se aflige y se retira,
consume sus pasiones encubiertas
en el amor de unas cenizas muertas!
¡Mantiene un corazon siempre perjuro
mas inflamado, criminal y duro!

Melania.

¡Ah! ¡mi hermana!... tú cierto no has querido.

Cecilia.

¡Cómo querer! ¿mi espíritu abatido,
y sujeto á pasion tan imprudente?
¡Cecilia amar¡ á Dios tan solamente.

ESCENA V.

Melania, Cecilia y una Hermana conversa. La Hermana lega á las dos.

Hermana.

Una muger oculta y encubierta

acaba de llegar á nuestra puerta,
y que la oigais suplica con respeto,
porque tiene que hablaros en secreto.

Cecilia con vivacidad.
Cecilia.
¿Qué carácter anuncia? di, ¿qué clase?

Melania.
Nada de eso, Cecilia, al caso hace.
La caridad nos manda socorrerla,
sea del grado que fuere. Fuerza es verla.

Hermana.
Distinguida persona ser arguyo,
pues todo se interesa á favor suyo.
Ayre noble se mezcla á su ternura.
Yo la miro afligida: ella procura,
que su afliccion con el consuelo encuentre,
y que su adversidad....

Melania vivamente.
Melania.
Decidla que entre.

Cecilia á Melania.
Cecilia.
Mira, hermana, que tengo á sospechosa
una importunidad tan fastidiosa....
Todo indigente aquí, todo mendigo....

Melania á la Lega.

Melania.

Id al punto á llamarla, que entre os digo.

Váse la Lega.

ESCENA VI.

Melania y Cecilia. Melania con voz sentida.

Melania.

Tu sentimiento duro y arrogante
me aflige y me sorprende á cada instante.
¿Piensas llenar, por mas que hacerlo quieres,
la Ley, la Religion y sus deberes,
cuando un alma mantienes, siempre llena
de amargo zelo y de piedad agena?
¿Cuándo feroz, á Dios con altiveces
fermentos de tu cólera le ofreces?
¿Cuándo gozar tu corazon no sabe
un placer inefable, santo, suave,
en socorrer y amar los afligidos,
y callar con los tuyos sus gemidos?
Religion mia, llena de ternura,
¡qué! ¿tu espíritu es este por ventura?
¿Tu carácter ser puede el desagrado?
ya lo he dicho: tú, hermana, no has amado:
bajo el cilicio en que tus carnes domas
hospedas el rigor que á cargo tomas.
Si amado hubieras, tu severo zelo
sintiera el atractivo y el consuelo

de otra gracia mas dulce. El Dios que amamos,
el Dios á quien servimos y adoramos,
no cruel aterra, blando sí acaricia:
su ternura es, ¡ay! sí, no su justicia,
su fino amor, no su rigor severo,
quien le puso á morir en un madero.

Cecilia.

¿Piensas, hermana, que te inspira el Cielo
las palabras con que tu blando zelo
quiere ilustrarme? ¿En qué su ley me expones?
yo la sé practicar sin direcciones:
mas yo miro con ojos desdeñosos
á una tropa de pobres fastidiosos
circundar nuestro asilo noche y dia,
y en confusa algazara y gritería
asociar con lamentos muy atroces
á los sagrados cánticos sus voces.
El Altar sacrosanto goza indulto,
que hemos de respetar siempre con culto.
¿Qué? ¿no ha de ser nuestra oracion esenta
de inquietud tanta? ¿no ha de ser atenta?
¿Y podrá serlo sin que sorda obres,
con quejas tan molestas de los pobres?
Advierte lo que digo por tu vida,
y está para adelante ya advertida....

Melania.

Hagamos bien, miserias sublevemos,
y entregarnos á orar despues podremos,

ESCENA VII.

La Condesa de Orzé, Melania, Cecilia y la Hermana Lega.

La Condesa aparece con un vestido negro y sencillo, que manifiesta su pobreza; pero se le nota al mismo tiempo un decente aseo, que mantienen siempre los desdichados que tuvieron distinguido nacimiento y educacion. Cecilia la mira con indiferencia fria y desdeñosa. Por el contrario Melania con todo el interés de la sensibilidad.

La Condesa á Melania y Cecilia.

La Condesa.

Una ingrata, una triste y afligida,
á quien le es, ¡ay! gravosa ya la vida,
sumergida de penas en un caos,
quiere sintais sus males...

Melania vivamente á la Hermana Lega.

Melania.

Retiraos. *Vase la Lega.*

ESCENA VIII.

La Condesa, Melania y Cecilia.

La Condésa.

Del mundo abandonada y perseguida,

cansada de arrastrar mi infeliz vida,
sufrir baldones, tolerar afrentas,
miradas desdeñosas y sangrientas,
he creido que al pie de los Altares
hallarán mis desdichas y pesares
el alivio, que la virtud inspira
á una alma fiel, que á la virtud aspira.
Se hallará esta piedad que el mundo ignora,
y que solo se vió...

Melania á la Condesa con ternura.

Melania.

Sentaos, Señora. *Sientase.*

Cecilia friamente á la Condesa.

Cecilia.

Nuestros votos al Cielo dirigidos
á favor de los pobres y afligidos,
el remedio es con que ayudar podemos
esas necesidades que en tí vemos.
Esta casa de un débito gravada
apénas hoy respira descargada...
Con rentas pocas, mucho es lo que gasta,
la caridad empieza...

La Condesa á estas palabras deshecha en llanto dice á Cecilia.

La Condesa.

Basta, basta.

Ved el colmo de mis desdichas todas.
¿Señora.... tú tambien? ¿tú te acomodas
á traspasar mi corazon herido?
Piedad no inploro, no: la muerte... pido.
Llora mas copiosamente.
Mi Dios, las penas que me afligen, calma.
¡Qué golpe tan sensible para mi alma!

Melania con transporte á Cecilia.
Melania.
¿Qué haces, cruel? retirate al momento,
tú la añades tormento á su tormento:
fieramente quebró tu cruel despego...
Cecilia aun se está queda.
su triste corazon.... vete pues luego.
Retirase Cecilia con enojo.

ESCENA IX.

La Condesa y Melania. Melania sentándose al lado de la Condesa y apretándola la mano.
Melania.
Señora...

La Condesa suspirando y sin oir á Melania.
La Condesa.
¿Es esta, ¡ay Dios! la ley amable,
la religion tan dulce y deleitable,

donde á mis penas, mi dolor y tedio
busco asilo y espero su remedio?
¿Dónde pues lo hallaré? (¡penas prolijas!)

Melania.

En mi pecho, en mi pecho; no te aflijas.
A los pies del Altar, creedme, Señora,
es donde desahogado el triste llora.
El alma de Cecilia no es vacia
La Condesa levanta la cabeza, ve que se ha ido Cecilia y mira á Melania con ternura.
de humanidad. A su piedad sombría
la parecen realces verdaderos
estos raptos fogosos y severos.
Dígnate perdonarla: ella es sensible
á estos tus infortunios. No es posible....
¿quién podrá ver tu triste desventura,
y no quedar tocado de ternura?

La Condesa.

Yo no llego, Señora, á estos umbrales
á implorar los socorros temporales;
ni el resto de mis dias ver pretendo
manchado con oprobios. Yo estoy viendo
abierto mi sepulcro: sus horrores
me cercan ya y me llenan de temores.
Tu indignacion, gran Dios, con que horrorizas,
recaiga solo sobre mis cenizas.

Yo sé como abreviar pena tan fuerte,
y este triste momento de la muerte:
sé de un golpe acabar mi sentimiento,
mi pesar, mi vergüenza y mi tormento.
Mas el Dios que me hiere, que me aflige,
es dueño de mi vida: él la dirige.
A sus designios toca, pues la impera,
el despojarme de ella cuando quiera.
Debo, pues, humillarme resignada
bajo esta poderosa mano ayrada.
Debo apurar, ¡ó Dios! hasta las heces
la copa de amargura que me ofreces.
Debo en fin abrazar esta fortuna,
y ahogar orgullos de mi ilustre cuna.
Antes gozé del fausto, honor y grado;
mas hoy los infortunios de mi hado
muestran desvanecido todo entero,
como sueño engañoso y lisongero.
¡Ay de mi! ¡por qué orden tan estraño
al bien adverso, si inclinado al daño,
me he visto en un momento reducida
á esta infeliz y deplorable vida!

Llora.

¡Oh suerte! ¡que abatirme asi consigas,
hasta este estremo punto de fatigas!
el designio que á mi (turbada quedo):

A Melania.

á esta casa me trajo (hablar no puedo):

fue, Señora, (mas pues decirlo intento,
salga la voz y ahoguese el aliento)
Fue tan solo... ¡qué confusion! rogaros,
que mis males mirando y desamparos,
sostengais esta vida, que ya espera
el triste fin de su infeliz carrera...
para esto os ruego encarecidamente,
que querais admitirme... por sirviente.
Con sollozos.

Melania con lágrimas.
Melania.

¿Qué dices?... ¿tú servir? no, no Señora.
Tu serás la servida desde ahora.
Yo para relevaros de esta afrenta,
sacrifico mi vida muy contenta.
Tu mal desde hoy será por mí aliviado:
la amistad... la ternura... y el agrado...
sabrán compadecer bien tus azares,
enjugar llantos, y aliviar pesares.
¿Quién no se compadece, quién no gime
sobre el dolor tirano que te oprime?

La Condesa abrazándola.
La Condesa.

¡Ah! (es fuerza publicarlo:) ya, Señora,
á tu piedad y amor te soy deudora.
Los dones siempre á la nobleza rinden,
sean las manos que fueren quien los brinden.

Pero mi honor el admitir resiste
las piadosas ofertas que me hiciste.
Sin sonrojarme este abatido oficio,
yo me sabré humillar en tu servicio.
Yo espero... y mi dolor mayor lo ha hecho,
¡ay de mí!... un hijo... que me pasa el pecho.

Melania con un grito.

Melania.

¿Un hijo es quien te aflige? ¡monstruo horrible!
¿Quién ser puede tan duro é insensible,
que haga traycion (de tal crueldad me aflijo:)
á tal grado de sangre?

La Condesa.

Sí, sí.... un hijo.
Un hijo alimentado en estos pechos
causa todos mis males, mis despechos.
No en lo que digo pongas embarazo.
Desde el punto que estuvo en mi regazo
fue el objeto de todas mis delicias,
de mis tiernos cuidados y caricias.
Sacrifiqué á su amor sin detenciones
título, estado, dones, posesiones.
Sacrifiqué (no todo lo has oido:)
á mi padre, á mis hijos, mi marido.
Yo misma, sí, yo misma de mi grado
me hubiera sin temor sacrificado,

si con perder mi vida asegurase,
que él la suya un momento dilatase;
y muriendo á sus ojos muy gustosa,
el último suspiro diera ansiosa;
porque con él muriera yo entendida,
que le compraba una porcion de vida.
Ni yo amaba otra cosa, ni adoraba
sino á este hijo.... y él solo me arrastraba.
Murió mi esposo; ¡ó parca cruel y aleve!
siguieronle sus hijos muy en breve;
y el ser varon, y ya sin padre y niño
aumentó los derechos del cariño.
Dueño ya de mis bienes y alvedrio
cedí á sus intereses todo el mio.
Todo le dí; por él no dejé esenta
la mas pequeña parte de mi renta.
Mi único anelo y principal cuidado
fue morir y vivir junto á su lado.
Como consuelo á dar gustosa aspiro
en sus brazos el último suspiro.
Ví en su niñez, no equívocas señales,
de que él sería la causa de mis males.
Noté en su juventud viciosa vida,
y una alma ingrata, indócil, corrompida.
Mas en vano lo dicho á notar llego;
porque mi amor desordenado y ciego,
mientras me es mas ingrato, le es mas firme;
y yo misma me empeño en eludirme.

Así me deslumbraba con anelo
mi loco amor: él interpuso un velo
entre mis ojos y su infame vida,
á fin de que no fuese conocida.
Su ingratitud que á todo el mundo asombra,
me la ocultó el amor con densa sombra.
Casóse en fin: y cuando yo debia
esperar que su esposa insinuaria
en su alma endurecida la blandura,
la humanidad afable, la dulzura:
trono en que la virtud tiene su asiento,
y principio feliz del sentimiento,
ella al contrario, como ya colijo,
mucho mas inhumana que mi hijo,
redobló sin piedad sus crueldades,
é irritó contra mí sus sequedades.
Este hijo en fin que agota mis finezas,
me llena de desprecios y durezas.
Ultrages me hace; hasta insultarme osa;
y apartando su vista desdeñosa
del llanto que él sacaba de mis ojos,

Llorando.

aumenta penas, multiplica enojos.
Echóme fuera al fin (¡palabra triste!)
de mi Palacio, (¡ah! ¡cómo se resiste
mi corazon á tàn crecidos duelos!)
cuna antigua de todos mis abuelos.
Yo me postro á sus pies sin mas decoro,

y le digo, ó mas bien asi le lloro:
"hijo amado del alma, hijo querido,
»esta madre á tus pies con su gemido,
»un solo beneficio á pedir viene,
»á que por madre, sí, derecho tiene.
»La muerte va á acabar mi último dia:
»estas mudanzas de la suerte mia
»me la anuncian ya pronta: yo lo advierto;
»poco puedo vivir, tenlo por cierto.
»Deja, pues, que aqui muera sin despecho,
»y el lecho de mis padres sea mi lecho.
»Dame este gusto y niega otros consuelos.
»Aqui quiero morir con mis abuelos."
Mas, ¡ó inhumanidad! nada aprovecha:
él no me oye; yo en lágrimas desecha
le replico: "¿es posible, amado hijo,
»que á tí, á quien con amor el mas prolijo
»á estos pechos crié; á tí te agrada
»que esta tu triste madre desolada....
»muera en penas, acabe entre dolores
»de la miseria y hambre á los rigores?
»á reserva de un corazon sufrido,
»de angustias y disgustos consumido
»todo te lo cedí: nada poseo;
»otros hijos tendrás, yo lo deseo;
»pero no quiera el Dios de las piedades,
»que imiten tus egemplos y crueldades."
Su esposa entonces con bárbaro corage

me obliga á abandonar aquel parage,
en que gozé con el mayor contento
mi educacion, crianza y nacimiento;
y de donde por mas que en ello insista,
no puedo separar mi triste vista....
¡Ah, Cielos! ¡qué esto paso y sobrevivo
á golpe tan terrible y tan esquivo!
Despues de esta violencia estos despojos,
todo se eclipsa ya para mis ojos.
Abandonada, pobre y con fatiga
busco mi asilo en casa de una amiga:
ella me desconoce; cruel me arroja;
yo que me rindo á tan sin par congoja,
arrastro en fin con ánimo turbado
por mil partes horrores de mi hado.
Llego á esta habitacion.... si bien se advierte,
será tal vez.... para encontrar la muerte.

Melania.

No será asi; que si en nosotras fias,
amables nos serán todos tus dias.
Cuenta con dos amigas, que aqui el Cielo
une piadoso para tu consuelo.

La Condesa llora con mas amargura.

¿Mas qué lloras? tu alivio en que me encargo,
¿es ocasion de llanto tan amargo?

La Condesa.

¡Ah, mi Señora! eterno ser debia,
si se midiera aquí á la pena mia.

Oye todo mi crimen; ve entretanto,
si debo poner término á mi llanto.
Este hijo... pues, que tanto me persigue...
tuvo una hermana...

Melania con nuevo interés.
Melania.
Tu discurso sigue.

La Condesa.
Cuya alma Dios dotó de todo punto
de muchas gracias, cuyo fiel conjunto
rinde los corazones con despojos
mas que seduce en lo exterior los ojos.
Tú, Señor, cuya mano es admirable,
la formaste tan bella y tan amable,
á fin que su virtud, no sus aliños,
por fuerza ejecutasen mis cariños.
Mas yo se los negué; y ella no obstante,
oponiendo su amor á cada instante
á mi rigor, mas tierna cada dia,
mas sumisa á mis leyes parecia,
ó perdonar asi mi injusto trato,
ó ignorar de que aquel su hermano ingrato
sin razon ocupaba y sin derecho
todo el amor de mi materno pecho.
Por esposa pidiómela en aquesto
un jóven virtuoso, amable, honesto,

de condicion igual, de gran riqueza:
ellos se amaban con igual fineza.
Instó, rogó, mas yo sorda y terrible
á pretension tan justa; é insensible
á el llanto de mi hija, (¡ó hija amable!)
la sacrifico (¡ó madre inexorable!)
á su hermano; porque sin competencia
recaiga en él la parte de su herencia.
Retiréle á su amante, y al momento
á ella la hice entrar en un Convento,
donde no ya los lazos de himenéo,
sino los del rigor que en ella empleo,
la ligáran....

Melania turbada aparte.

Melania.

¡Ay hechos mas extraños!

La Condesa.

Por decidir su suerte, con engaños
supe fingir la muerte de su amante:
ella desmaya á golpe semejante:
exánime, sin vida y sin aliento
la saca una parienta del Convento:
la parienta murió, y aunque he querido
saber de mi hija, no lo he conseguido.
Ella descansará en sepulcro frio....
y yo, yo con rigor cruel, impio,

la he formado destino tan tirano,
por causa de su vil pérfido hermano.

Melania mas turbada.

Melania.

Ya resistir no puedo: (¡caso horrendo!)
y... pues que ya con claridad te entiendo,
has de saber que en esta misma casa
vive una Religiosa, á quien la pasa
igual suceso: el hado la persigue
ya ha diez años...

La Condesa vivamente.

La Condesa.

Diez años?... sigue, sigue.

Melania.

Una madre á quien tierna ella queria,
mas quien nunca á su amor correspondia.

La Condesa.

Proseguid.... una madre...

Melania rápidamente.

Melania.

Esta produce...
la desgracia á que el hado la conduce.
Como suerte funesta es quien la oprime,
sabe compadecerse del que gime.
Del infeliz, del triste, del mendigo
es consuelo, recurso, apoyo, abrigo.
Su pecho compasivo con quebranto
se abrirá pronto á vuestro justo llanto.

Ella sabrá sentir tus aflicciones....
y quererte sin dolo ni ficciones.

Levántase con presura.

Forzoso es verla, y que te dé consuelos.
Tú la amarás, Señora.

La Condesa levantándose con la misma vivacidad.

La Condesa.

¡Santos Cielos!
¡Es posible... que asi turbeis mi alma!
Conducidme hácia ella; el valor calma.
¡Gran Dios! permitirán tus providencias,
para colmo fatal de mis dolencias,
que por último golpe.... ¡ah ley tirana
de mi suerte!

ESCENA X.

Eufemia, la Condesa y Melania. Melania asiendo del brazo á la Condesa y hablando con Eufemia.

Melania.

Ven, ven, amada hermana;
recibe aqui en tu pecho y compañía
á esta noble...

La Condesa cae sobre su silla desfallecida, y dice con un grito.

La Condesa.

¡Constanza!

Eufemia puesta á sus pies.

Eufemia.

¡Madre mia!...

Melania.

¿Es verdad lo que miro? ¡caso estraño!
¡su madre!...

La Condesa mirando á Eufemia con asombro y dolor.

La Condesa.

¡Oh Dios! ¿en lo que veo me engaño?
¿mi hija aqui por siempre dedicada
á los Altares?... mi intencion dañada,
mis crueldades que asi la exasperaron,
estos eternos vínculos formaron.
Este velo, estas vendas, estas tocas
acusan siempre mis crueldades locas.
¿Por qué órden, dí, pudiste, ó por qué arte
á un tal transporte, hija, abandonarte?
Informame, Constanza, de tu estado;
mas no me informes de lo que he causado.

Con lágrimas y abrazándola.

El esfuerzo mayor de tu hidalguía
será que me perdones...

Eufemia.

¡Madre mia!
¿á quien yo abrazo, es (¡ay!) mi madre amada?

..

La Condesa.

Sí, tu madre, tu madre desgraciada.

Eufemia.

Yo la amo siempre: ¿y qué tirana mano

Levántase.

causa en tí tal desgracia?

La Condesa.

¿Quién? tu hermano.

Eufemia.

¡Mi hermano!

La Condesa.

Sí, tu hermano, á quien he amado,
como sabes, mis males ha causado.
Este hijo, sí, por cuyo afecto ciego
abandono parientes, deudos niego:
este hijo... á quien sacrifiqué con dolo

Asiendo la mano á Eufemia y llorando.

mi hija... amada...

Eufemia vivamente.

Eufemia.

Tus males siento solo.

La Condesa.

Poseedor de mis bienes (yo hija mia...
cometí contra tí una alevosía:)
de la sangre á las voces insensible,
y sordo á mi dolor duro y terrible,
arrojó de su casa (ó tiranía)
á su madre a quien tanto la debia.

El Cielo estaba contra mí irritado.
La Condesa de Orzé, que allá en su estado
la gloria la ofuscaba y los honores,
presa de la pobreza y sus horrores:
sin esperanza, sin favor, mendíga,
víctima de miserias, (¡qué fatiga!)
y de una hambre que la consume y mata,
viene á este asilo; en él exercer trata,
mientras su muerte llega ya inminente,
la ocupacion... y oficio... de sirviente.
A esto, hija, por pobre me resuelvo;
por pobre... sí...

Eufemia cayendo en sus brazos, y despues de una larga pausa.

Eufemia.

¡No sé como en mí vuelvo!
tú, madre de mi alma, (¡ó suerte esquiva!)
¡abatirte á este estremo! no, yo viva.
Para aliviar el peso de la pena,
á que horrible infortunio te condena,
en mí hallarás (sí madre) apoyo firme,
sabré pedir, servir; sabré morirme:

Vivamente.

sabré dulcificar tu dura suerte:
sabré servirte en fin hasta la muerte.
El cuidado á que ansiosa me dirijo
es aliviar mi madre; de ese hijo,

de ese hijo vil que tanto os atormenta
yo os vengaré: yo puedo.... La parienta
que me sacó del claustro, y que conmigo
fue de mis desvaríos fiel testigo;
cuya noticia mi maldad declara,
y ojalá á tí y al mundo se ocultára,
esta murió, dejándome heredera
de una ligera renta: toda entera

Rápidamente.

es tuya, madre amada; mas si acaso
no te sufraga este socorro escaso,
solo podré añadirle, madre mia,
la labor de mis manos.... noche y dia,
y todo.... inmolaré por aliviarte.
Mil veces moriré para mostrarte,
que si un hijo has tenido que te hiere,
tienes una hija que por tí se muere.

La Condesa.

¿Y puedes aun amarme? ¡oh! ¡Dios inmenso!
¿olvidar piensas?....

Eufemia.

En tu alivio pienso.
Ves aqui otra hija tuya y mi privanza:

Señalando á Melania.

digna es cierto de nuestra confianza.
Sensible á la amistad, fiel sin falacia
la interesa, la empeña la desgracia.

Su compasion cristiana me asegura,
que reunirá á la nuestra su ternura.

La Condesa con tono penetrado.

La Condesa.

Ya en mi favor con modo el mas activo
se declaró su pecho compasivo;
desde aquel punto el mio fue tocado
de justa recompensa....

Melania á la Condesa.

Melania.

Yo no he dado
mas que una corta y bien estéril prueba
del afecto y amor que á vos me lleva.
Si mis bienes, mi amor, consejo y todo
os pudiere ser útil de algun modo;
gracias reconocida daré al Cielo,
que por mí os proporciona algun consuelo:
pues de él desciende y de su árbitrio justo
la calma, la afliccion, la dicha y gusto.
El solo causar puede la presura,
y él solo reelevar la desventura.
Mas mi presencia aqui á vuestros deseos
puede ser importuna.

Hace que se vá.

La Condesa levantándose.

La Condesa.

Deteneos.
No os ocupen, Señora, esos reparos,

¿qué secretos podremos reservaros?
publicad sus virtudes, su talento,

Mostrando á su hija.

mis disgustos, su amor, mi sentimiento,
todos sus beneficios... mis fatigas,
mis arrepentimientos...

Eufemia abrazando á su madre.

Eufemia.

Tú me obligas.
Aquí juntas las dos vivir podemos,
y juntas nuestra suerte lloraremos.
¡Ay madre amada! presto será el dia
en que mis ojos cierres...

La Condesa.

No, hija mia,
tú serás, si mi suerte no mejora,
la que cierres los mios...

Eufemia.

Solo ahora
á tu regalo y tu asistencia aspiro.
Vamos pues...

La Condesa viendo el ataud dá hácia atras u gunos pasos asustada, y dice:

La Condesa.

¡Ay de mí! ¿qué es lo que miro?

Melania á la Condesa.
Melania.

Nuestras leyes, Señora, y observancia
cada noche nos llevan á esta estancia,
donde el terror nos sigue y amedrenta,
y el fin de nuestra vida nos presenta.

Eufemia á su madre con un gemido.
Eufemia.

Ved ahí mi asilo y lecho de himeneo;
ved mis gustos, placeres y recreo.

La Condesa á esta última palabra llora, mira tiernamente á su hija y cae en sus brazos. Eufemia despues de una larga pausa dice á su madre:

Mis males sabrás presto... hermana mia.
Vuelta á Melania.

No me dejes... ¡ó pueda yo este dia
terminar mis combates y cuidado!
Haced, Cielos, que corra apresurado
este felíz instante, en que mi alma
sumergida en disgustos, tedio y calma,
se llene de un consuelo verdadero
por este Angel de paz, que ansiosa espero.
Córrese la cortina.

ACTO SEGUNDO.

Levántase el lienzo: descúbrese una Capilla con un Altar á un lado, y hácia lo interior, ó mas retirado un peristilo ú obra como de claustros de un Convento.

ESCENA I.

Eufemia y Melania ambas postradas, la una delante del Altar y la otra á un lado.

Melania.

O tú cuya grandeza independiente
tus dones nos publican mudamente,
cuyo poder que declarar intentas,
nunca mas bien que perdonando ostentas:
tú que con fuerza, mas fuerza suave,
que unir lo fuerte con lo dulce sabe,
sentir haces aquel que al alma sacia,
victorioso atractivo de la gracia:
tú, mi Dios, ten piedad de los errores
de esta afligida amiga: mis clamores
oye piadoso; mis afectos premia:
desciende, baja al seno de mi Eufemia.
Substituye á los raptos que violenta
su pasion causa y propension alienta,
el fuego puro de tu fe: la llama
del casto amor que santamente inflama.

Armala, gran Señor, contra el torrente
de hostilidad que sufre interiormente.
¿Y acaso un Dios que lo es de los consuelos
querrá frustrar mis votos, mis desvelos,
desatender mis llantos, insensible
no escuchar mi oracion? No, no es posible.
¡Ah! gran Dios, su corazon turbado
solo para adorarte se ha formado:
para estarte perpetuamente amando,
y llenarse de tí: tú estás mirando
el trastorno insensato que la grava:
Dios poderoso y fiel, acaba, acaba.
Haz que al fin ceda á los remordimientos,
que ella fomenta en fieles ardimientos.

Eufemia.

Altar de un Dios consolador y pio,
alivio, protector, asilo mio,
único apoyo, en quien mi fe reposa,
y á quien abraza mi flaqueza ansiosa:

Abraza con transporte el extremo del Altar.

mi triste alma gimiendo bajo el peso
del dolor, viene á vuestros pies que beso:
que mis lágrimas bañan con ternuras,
á deponer disgustos y amarguras.
Yo á mi madre hasta aqui las he ocultado:

Vuelta á Melania.

mas ellas, cuyo origen me es amado,
retenidas gran tiempo entre dolores,

corren despues con ímpetus mayores....
mis suspiros ahogados con despecho
en el fondo de mi afligido pecho
se agitan, se atropellan mútuamente
por exalarse. Esta pasion ardiente,
este culpable amante desvarío,
sin cesar me devora á pesar mio.
Vano fantasma y de existencia ageno,
es lo que adoro, y quien causó en mi seno
un sacrílego amor; y en él aleve
ocúpa el puesto que á mi Dios se debe.
Simbal siempre triunfante, siempre osado,
sobre el mundo se mira ya elevado,
para asi combatir al Cielo mismo,
y abandonarme á mí en confuso abismo.
El amor que mi pecho ha mantenido,
sus ponzoñas en él ha introducido.
Furiosa tempestad á cada hora
en él estalla: aun decidir ignora
mi mismo corazon ya perturbado
sobre estos sentimientos que ha causado.
Dos almas mi interior, parece siente,
que ambas me agitan sucesivamente.
Religion santa, á quien mi afecto invoca....
¿es la mas flaca la que á tí te toca?
mas ello es fuerza, sí, mi fe lo diga,
que reynes sobre mí. Todo me obliga.
Todo, sí: Dios, el Cielo, el honor mio:

Simbal estorva el darte mi alvedrío.
El entregarme á tí, me prohibe aleve:
la esposa de un mortal su fe le debe;
y la de un Dios.... ¡la confusion me abisma!
¡yo misma me horrorizo de mí misma!

Mira hácia el peristilo.

Su Ministro, en quien calma encontrar pienso
no se ofrece á mi vista: ¡oh! ¡Dios inmenso!

Póstrase mas profundamente.

Señor, á quien Eufemia ciega ofende,
tú me has vuelto á mi madre; colma, extiende
los benéficos dones de tu mano:
haga, Señor, tu brazo soberano,
que el ataud en que me entierro viva....
sea el lugar donde la paz reciba,
y que el deseo con que ofenderte oso,
solamente apetezca este reposo.
¿Negarás esto, ó Dios, mi apoyo y guia
á mis tristes cenizas?

Ve á su madre y dice con sorpresa aparte.

¡Madre mia!

ESCENA II.

Eufemia y la Condesa.

Melania se retira. Eufemia turbada, y levantándose dice á su madre.

Eufemia.

¿A dónde vas?

La Condesa estrechando á su hija en sus brazos.

La Condesa.

A entrar en parte vengo
del dolor que te oprime: yo prevengo
en mis brazos alivio á tu agonía,
que remediar quisiera: yo debia....
evitar tu presencia, si se mira
el respeto y temor que siempre inspira
el bienhechor; mas te amo con exceso,
y en prevenir tus penas me intereso.
¿Tú.... gimes, hija amada? ¿qué? ¿tu suerte?....

Eufemia.

¡Mi suerte! ella es feliz, si bien se advierte:
porque mi Dios, ahorrando de embarazos,
te vuelve, madre mia, hoy á mis brazos.
Tú acusarás mi pecho, (yo lo arguyo;)
que huye tu vista....

Muéstrase agitada.

no.... yo no te huyo....

yo vine á este lugar.... yo.... madre mia,
á los pies de mi Dios.... yo le pedia....
Pronunca las últimas palabras con voz desmayada.

La Condésa.

Tus acentos fallecen desmayados....
tus ojos de mí apartas.... y embargados
de tu aflicion en suspension profunda,
conozco bien que el llanto los inunda.

Eufemia como poseida del dolor, cayendo desmayada entre los brazos de su madre desecha en lágrimas, y despues de una larga pausa.

Eufemia.

Madre mia.... ¿qué no pueda mi pecho
entre estos llantos en que está desecho,
exalar sus disgustos impacientes,
y ahogado sumergirse en sus corrientes?
¿Qué mi débil razon hacer no pueda,
que este torrente undoso retroceda
de mis ojos á quienes causa calma,
hasta el seno de mi apurada alma?
Lo confieso: mi esfuerzo ya impotente,
vencido del dolor que el alma siente,
por ocultar en vano se desvela
un corazon.... que todo lo revela.
¡Madre mia! él forzado de la pena,
á que una pasion loca le condena,

va ya á manifestarte sus terrores,
sus tormentos, sus ansias interiores,
su agitacion, que el tiempo, los silicios,
la austeridad, los santos exercicios
no han templado: antes sí sé que á porfia
se irritan mas, y aumentan cada dia.
Tú sabrás, madre amada, lo que siento....
y el exceso sabrás de mi tormento....
Vuelveme hácia su causa, hácia su fuente,
y.... pódrás entenderme.... facilmente.

La Condesa.

¿Qué vuelta es esta? yo, hija, no te entiendo.
¿Quién? ¿yo, hija amada, yo con modo horrendo
pudiera presentar ante tus ojos
una imagen, que sé te causa enojos,
y que yo con mi sangre.... con mi vida
borrára para siempre? Olvida, olvida,
hija querida, amada bienhechora,
olvida, digo, olvida desde ahora
estas tristes idéas que han formado
mi suplicio. ¿Qué aun no me has perdonado?

Eufemia besando la mano á su madre.

Eufemia.

Madre mia, tú quieres que me aflija:
tú eres quien debes perdonar tu hija.
Yo lo ruego á tus pies: yo delinquiendo
á mi pesar, yo soy la que te ofendo.

Guardemos ya sobre mi pena grave
un eterno silencio: un Dios, que sabe
reglar y disponer nuestros destinos,
me abrió para estos claustros los caminos.
De un claustro me sacó nuestra parienta,
y en estos Dios piadoso me aposenta,
por tan oculta extraordinaria via....
pero esto no es del caso, madre mia.
Hablemos de mi madre, de esto hablemos,
de mi amor hácia ella, mis extremos.
Hablemos... (*) no. ¡Qué dulce debanéo!
Yo no puedo vencer este deseo,
este impaciente ardor, voraz, secreto
de entretenerme... hablemos de este objeto...

La Condesa.

¿De este objeto? ¿de quién?

Eufemia.

¡Ay madre mia!
mi turbacion, mi llanto, mi agonía,
y mi amor, que ocultarse no consiente...
os lo dan á entender bien claramente...

Despues de una larga pausa.

¿de Simbal?

La Condesa.

De Simbal...

(*) *Enternécese mas.*

Eufemia.

Sí; de ese, de ese...
de ese (mi voz ya es fuerza lo confiese):
de ese, que ha tanto tiempo ha dominado
mi corazon, por él despedazado.

La Condesa.

¡Cielos, qué escucho! ¡ay Dios,
qué es lo que he hecho!
el amor de Simbal posee aun su pecho.
¡Qué! hija, ese fuego...

Eufemia con transporte.

Eufemia.

Nunca mas que ahora
me inflama, me consume y me devora.
Mi quietud, mis deberes, mis cuidados,
le son sin libertad sacrificados.
Muerta á tus pies con lágrimas lo digo:
este Dios, que me escucha, me es testigo:

Señalando el Altar.

este Dios, que dejándome á mí misma,
en caos profundo de rigor me abisma:
que me ve cada dia abandonada
á este extremo desórden; que agitada
me ve arrastrar en esta fuerte lucha...
delante de su altar... que no me escucha...
diez años de combates, de suplicio,
de desesperaciones: un silicio,
que sangriento mis carnes siempre ciñe,

el espanto, el terror que me constriñe,
cuando allí á recostarme me apercibo
en un triste ataud, cadaver vivo;
la muerte, el tiempo que lo acaba todo,
no han podido arrancar de ningun modo
este dardo, que amor cruel, tirano
clavó en mi corazon con fiera mano.
Una sombra, que sin cesar se mueve
delante de mis pasos, esta aleve
rayos de fuego contra el pecho esgrime,
roba todos mis votos y me oprime.
La sombra es de Simbal... ¡Cielo sagrado!
¿Oyes mi crimen, y te estás callado?
Vé madre, que atentado... en los horrores,
con que la noche asusta; en los albóres
con que la aurora alegra, es este objeto
el solo Dios, que adoro y que respeto.
Corro aquí sin arbitrio á contenerme,
á quemar mis incendios y á ofrecerme.
Por cenizas infiel soy á mi esposo.
¿Mas qué digo, infeliz? ¡Dios poderoso!
¡Dios vengador! perdona... sí; perdona
á mi razon... tu gracia me abandona.

Con transporte á su Madre.

¿Madre, murió Simbal? ¡funesta suerte!
mi destino... mi amor... causó su muerte.

La Condesa estrechándola en sus brazos y llorando.

La Condesa.

¡Ay! ¡mi Constanza! ¡qué culpable he sido!
tu madre... sí; mi mano te ha oprimido:
yo abrí bajo tus pasos con dobleces
este abismo de males que padeces.
Yo he encendido ese fuego y esa llama,
que vorazmente el corazon te inflama.
Ese indomable amor, que por momentos
te consume la vida entre tormentos,
y ese tropel de males te he causado.
Yo en tu pecho infeliz he fomentado
los verdugos, que eternos cada dia
te atormentan: opon, Constanza mia,

La mantiene siempre entre sus brazos.

á mis delitos tu virtud sincera:
si Simbal fuera vivo...

Eufemia con rapidez.

Eufemia.

¡Si él viviera!
¡si viviera Simbal!... ¡dulce palabra!
el dolor que en mi pecho males labra,
terminára bien presto. En un momento
mi miseria acabara y mi tormento.
¡Qué ligeras en medio de mis penas
se hicieran á este precio mis cadenas!

La Condesa.

Hija... yo puedo (ignoro si lo diga;)
dulcificar tu pena y tu fatiga.
Mis delitos... escucha.

Eufemia con transporte.

Eufemia.

¿Aun está vivo
mi adorado Simbal?

La Condesa.

Ya me apercibo
á darte la respuesta. Yo, hija mia,
quise acelerar mas el fatal dia
de fijar tu destino á los Altares,
y separarte así (¡con qué pesares
lo digo!) para siempre de mi lado.
El rumor de su muerte inesperado,
que te undió de tus penas en abismos,
y redujo á mortales parasismos,
yo lo supuse...

Eufemia.

¡Luego aun él no es muerto!
¿Simbal, pues, vé la luz?

La Condesa.

Asi, hija, es cierto.
Yo logré persuadirte con porfia,
que creyeses su muerte.

Eufemia.

¡Oh! ¡madre mia!

mi corazon no basta... mis transportes...
mi dicha... mi... es forzoso me confortes...
¡Vive Simbal!... ¡oh Cielo, qué ventura!
sobre mis dias tu rigor apura...

Apretando á su madre la mano.

¡cuánto te debo, madre! ya delira
mi discurso: Simbal... Simbal respira...
¡oh Dios! hazle felíz, yo te lo ruego,
y... muera yo mil veces desde luego.

Despues de una larga pausa.

Mas... él me amaba: ¿cómo pues me olvida?

La Condesa.

Tú ignoras todavia, hija querida,
el suceso... mas yo he de declarárme.

Eufemia rápidamente.

Eufemia.

¿Qué? ¿ingrato me olvidó? ¿dejó de amarme?
el decirmelo excusa, si así ha sido.

La Condesa.

No, Constanza; en Simbal no cupo olvido.
El te adoraba... es fuerza ya, hija mia,
decir lo que ocultar siempre quería:
lo que yo como un otro crímen nuevo
debo increparme, y reprenderme debo.

Eufemia.

Hablad...

La Condesa.

¡Qué nuevo golpe, que te aflija,

te ocasiona esta madre! Simbal... hija,
que tú muerto has creído, él igualmente
te creyó muerta.

Eufemia.

¡Ah! ¡Dios omnipotente!
basta... no digas mas.

La Condesa.

El oprimido
del dolor de tu muerte que ha creído,
huye lejos de mi... ve aquí lo cierto:
su suerte ignoro...

Eufemia.

Ciertamente es muerto.
Yo sé muy bien, y mi dolor lo clama,
cuan funesto es perder lo que se ama.
No lo dudo: Simbal en polvo yace...
¿Mas por qué mi discurso infelíz hace
tan triste reflexion? ¿por qué porfia
en formarse una imágen tan sombría?
Simbál acaso... si; insensible y fuerte
á la infausta noticia de mi muerte
habrá bien fácilmente sostenido
esta horrible desgracia: con mi olvido
él se habrá consolado... que en efecto
mudable como el suyo no es mi afecto.
¿Qué es consolarse? acaso enamorado
de un nuevo lazo se hallará ligado.
Puede ser que en los brazos.... que en el seno

de nueva esposa ya.... (yo me enageno):
¡qué turbacion, ó Cielos, tan rabiosa!
esto falta á mi fuego; ser zelosa.
¿Mas puedo yo contra mi honor y fama
dejarme asi tocar de aquesta llama?
¿A qué aspira un amor tan poderoso,
que todo aqui lo sacrifica ansioso?
Llore yo sola, sola yo suspire:
Simbal vive: ¿qué importa que yo espire?
¿y no es él muy feliz y afortunado,
si en tales circunstancias me ha olvidado?
Incapaz de razon, de Dios distante,
en mis votos incierta, á cada instante
mas infelíz y siempre inexcusable
mi corazon.... mi corazon culpable
en su transporte decidir ignora
de estos objetos, cual mas bien adora:
si á Simbal muerto y en sepulcro elado,
ó á Simbal vivo, mas de mi apartado.
Yo no puedo domar.... sí, (ya lo he visto):
esta pasion zelosa que resisto.
Tú has creido (juzgad de mis delirios):

A su madre.

tú creiste ofrecer á los martirios,
que sufre mi alma, alivios y contentos,
y has venido á irritar mas mis tormentos.
Una mortal ponzoña, un fuego horrendo
mi pecho inflama: ¡ay!.... yo no me entiendo.

Furiosa arrojo aquel Altar sagrado,
en que eternas desgracias me he labrado.
Ofrezco el pecho á aquella ardiente flecha,
que por despedazarle abre en él brecha.
La desesperacion, la rabia, la ira
es pasion dominante que me inspira....
Yo en fin profano este sagrado velo....
ultrajo á Dios.... soy criminal á el Cielo.
Menosprecio á mi esposo soberano:
¿cómo no tiemblo al golpe de su mano?

ESCENA III.

Eufemia, la Condesa y Cecilia. Cecilia á Eufemia.

Cecilia.

Este Ministro y órgano del Cielo
inspirado de un santo ardiente zelo,
Theotimo el sábio....

Eufemia con suavidad.

Eufemia.

¿Qué está aquí?

Cecilia.

Bien presto
le verás y hablarás en este puesto.

Eufemia vivamente.

Eufemia.

¡Ah! ¡si él volviera la apacible calma
á mis tristes sentidos y á mi alma!
yo ansio por verle, busco en él remedios,
yo quiero disipar con él mis tedios,
deponer en su seno mis temores,
mostrarle mi alma, abrirle mis errores....

Cecilia.

Di mas bien atentado criminoso,
que hasta aqui sufrió Dios como piadoso;
mas como justiciero no lo borra,
ni lo podrá dejar, que impune corra.

Eufemia.

¿Y qué? ¿siempre ha de armarse del castigo
su mano compasiva?

Cecilia.

Sí, contigo.
Mas el famoso Theotimo ya viene;
antes que llegue, hablarle me conviene
un rato; y mientras, mira con cuidado,
que el Cielo sobre tí se agrava airado;
y que solo te resta un solo instante,
para obrar tu salud (esto te espante;)
y eterna salvacion. Ahora al momento
retírate á llorar á tu aposento
tus culpas; y órden te darán del dia,
en que hayas de volver.

Eufemia con voz tocante.

Eufemia.

¡Ah! ¡hermana mia!

Cecilia con altivez é indignacion.

Cecilia.

Ya he dicho.... que ese nombre que me allana
se os debe prohibir: quien es mi hermana
sigue mi egemplo, el crimen no comete,
y la bendice el Cielo: al punto vete.

Eufemia penetrada de dolor es llevada por su madre, que la sostiene en sus brazos.

ESCENA IV.

Cecilia sola.

Cecilia.

Dios vengador, Dios justamente ayrado,
castigue ya tu cólera el pecado.
Baje del Cielo fuego formidable,
y consuma esta víctima culpable.
Tu gloria exige que el rigor se obstente,
y no perdones á esta delincuente.
Sácala de la sombra en que se mira
de tu piedad, y entregala á tu ira.
Si has de desagraviar con mano airada
tu magestad osadamente ajada,
vierte sobre esta tierra dilincuente

las llamas de tus rayos; no el torrente
de rocíos y ruegos celestiales.
Te manifiesta poco á los mortales
la indulgencia: castigos egemplares,
con que ofendido tu poder declares,
y su dureza el pecador ablande,
solo harán conocer á un Dios tan grande.
Eufemia atrae con pasion extrema
sobre sí y su cabeza el anatema.
Es forzoso rindamos con presteza
un homenage puro á tu grandeza.
Postrada ante tu altar, ¡ó Dios supremo!
y sumisa á tu ley te sirvo y temo.

ESCENA V.

Theotimo y Cecilia. Theotimo manifiesta en su persona un gran recogimiento, y trae enteramente cubierta la cabeza con la capilla. Cecilia presentándose á Theotimo y haciéndole cortesía.

Cecilia.

Perdonarasme, padre, si oficiosa
é importuna tal vez, mi instancia osa
interrumpir tu santo ministerio,
y conducirte á nuestro monasterio.
Cuando el Altar....

Theotimo.

Ser útil de mil modos
es el mayor de mis oficios todos.
La mano que es al prógimo importante,
dejar debe el turibulo al instante,
con que ofrece al Altísimo el incienso.
Decid lo que quereis.

Cecilia.

Yo, padre, pienso,
segun tu fama es....

Theotimo.

En vano labras:
yo no acostumbro oir tales palabras.
Desechemos del mundo esos lenguages,
y esos caducos vanos homenages
de que él se ocupa. Aquí á los dos sin dolo
nos debe conducir la verdad solo:
y nada mas disuena á nuestro estado
que dejar seducirnos con agrado
de honores vanos, títulos vacíos.
Sabed pues ya que los conatos mios
son un estéril, mas cordial deseo
de socorrer los hombres. Sin rodeo
podeis decir al que en su alivio fia
vuestra necesidad.

Cecilia.

Padre, no es mia.
Yo siempre fiel con corazon sencillo

temo á mi esposo y á mi Dios me humillo.
Mi zelo os llama, y el socorro implora
para una compañera que aqui mora,
que apegada á la tierra, nada atenta
á su deber, de una pasion violenta,
de un vergonzoso amor toda ocupada,
que no sabe ocultar, quiere obstinada
llevar hasta el Altar donde otras gimen,
su obstinacion, su escándalo, su crimen,
y aquellos sediciosos alborotos
de un corazon indócil á sus votos.
Ella en fin arde en un profano fuego,
que debió sufocar y apagar luego.
Muere de un loco amor, por tanto es digna...
Theotimo con un suspiro y penetrado de ternura.

Theotimo.

De nuestras compasiones.

Cecilia.

Tan benigna,
tan mansamente hablarla no conviene.
Para que en sus excesos se refrene,
yo quisiera empleases con denuedo
todo el esfuerzo del terror y miedo:
el castigo, amenazas, ira, y susto,
en el nombre de un Dios que á un tiempo es justo
y vengador. Que opongas con espanto
su trueno al fuego que la abrasa tanto.
Que la muestres en fin mi zelo emprende,

el rayo y el abismo que ella enciende.

Theotimo.

Yo la haré ver sin tanto intimidarla,
y con mas esperanza de ganarla,
un Dios que debe amarse, un Dios suave,
y un Dios en fin, que perdonaria sabe.
Por este medio reducirla fio.

Cecilia.

¿Y es seguro este medio, padre mio?

Theotimo.

Descuida sobre mí... (*) (¡qué zelo amargo!)
sobre un alma sensible. Yo me encargo
de hacer volver á su deber que olvida
á vuestra hermana, que por afligida
nos debe causar lástima sin duda.
Yo lo espero de Dios, si Dios me ayuda.

ESCENA VI.

Theotimo solo.

Theotimo.

¡Qué orgullo! su rigor, su feroz trato
se forma un Dios cruel, un Dios ingrato,
que siempre á la venganza se provoca,
y que vierte rigores por su boca.

(*) *Despues de una pausa.*

¿No se han de ver jamás sin confundirse,
naturaleza y Religion unirse?
¿Se ha de aborrecer siempre con extremo
en nombre de un Dios grande, un Dios supremo?
¡ó humanos tristes!

ESCENA VII.

Theotimo y Melania.

Theotimo.

Dios, hermana mia,
para vuestro consuelo aqui me envia;
él se prepara á oirte por mi medio,
y se interesa en disipar tu tédio.

Melania con modestia.

Melania.

Yo, padre, yo conozco mi flaqueza,
y lo poco que soy. Sé con certeza,
que necesito si á la virtud corro,
mas que otra alguna el celestial socorro.
Siempre el hombre probó funesta guerra,
y es su vida una lid sobre la tierra.
Sé que nadie ha logrado el vencimiento,
si Dios no dá las armas y el aliento:
estoy cierta tambien que á cada instante,
aun el que es en virtud el mas constante,
se vé arrastrar de su sentido mismo

sobre el labio y el borde del abismo.
Todo esto sé, confieso mi impotencia;
mas lo que hoy me conduce á tu presencia
es de una hermana mia el descarrío,
cuya pena me aflige. ¡Ah! padre mio,
debaos ella, que busca en vos reposo,
suerte mejor, destino mas dichoso.
Su vida acaba á la segur impía
de ilusion triste, enfermedad sombría.
Yo imploro aqui de compasion tocada
vuestro auxilio para esta hermana amada,
digna de amar un Dios en quien confia,
que sus lágrimas mira noche y dia.
Su corazon nacido muy sensible
hace su pena y su dolor terrible.
A tí toca ilustrarla, á esto has venido,
y consolar su espíritu afligido;
llevar estos transportes que menciono,
sobre vuelos de fuego hácia aquel trono
del Dios, que por derechos nada ignotos
quiere, llena, merece nuestros votos.
Dígnate hacerla ver con evidencia
su piedad, su dulzura, su clemencia.
Perdona, padre, á mi discurso ufano,
si osé tocar con atrevida mano
esa antorcha sagrada, luz divina,
que por tí nos ilustra é ilumina.
Mas... yo sé ya la condicion humana,

y el corazon tan dócil de mi hermana:
fácil para inflamarse...

Theotimo.

No mas digas:
espere en ese Dios que á amar la obligas.
Este sí es el lenguage, idioma suave,
que nuestra Religion inspirar sabe.
Infeliz de aquel zelo, amargo, impío,
y de aquel corazon duro y sombrío,
que no sabiendo amar de ningun modo
á un Dios todo bondad, dulzura todo,
le arma siempre de cólera que asombre,
muy pronto á derramarla sobre el hombre.

ESCENA VIII.

Eufemia, Theotimo y Melania. Eufemia trae echado el velo al rostro, y se abanza con timidéz.

Melania á Theotimo.

Melania.

Vesla aqui, padre mio. ¡Oh! vén, mi hermana,
vén, mi querida amiga: ¿se amilana
tu corazon? no temas: ¿qué recelo
puede ser justo, si benigno el Cielo
te llama con piedades á la vida,
te brinda con su gracia y te convida?
Su clemencia te espera en este instante:

abrele á Dios tu corazon amante:
por él logrado el beneficio miro
de este consolador (*). Yo me retiro.
¡Oh Dios inmenso! alcanza la victoria,
que este triunfo interesa ya tu gloria.

ESCENA IX.

Theotimo y Eufemia: Eufemia se muestra turbada: se está aun distante de Theotimo, y mantiene echado sobre el rostro el velo.

Theotimo.

Llegate sin temor, hermana mia,
deja el susto, depon la cobardia:
pues mi deber, mi inclinacion y zelo
me obligan á emplear en tu consuelo,
á curar tus errores, á ilustrarte,
y á tomar en tus penas mucha parte.
¡Ah! ¿quién no ha conocido las pasiones,
que dominan á humanos corazones?
¿Quién sus males tiránicos no siente,
y los sustos que siguen comunmente
á un placer falso y de virtud vacío,
que á los hombres engaña?

(*) *Pónela delante de Theotimo.*

Eufemia dando algunos pasos y llevando el pañuelo á sus ojos.

Eufemia.

¡Ah padre mio!

Theotimo.

Cese tu turbacion, hermana mia;
los tédios que te oprimen me confia.
No eres tú del Señor la única esposa,
que ha gemido el dolor que ahora te acosa.
Con confianza viertelo en mi seno.
Sientate pues.

Eufemia se detiene un poco, y despues se sienta, como asimismo Theotimo. Sus sillas están á una distancia regular: Eufemia dá un profundo suspiro, y queda algunos instantes sin hablar, y despues dice.

Eufemia.

¡Ah! sí... yo me enageno.
¿Por donde empezaré?... Ya, varon santo,
veis la esposa sacrílega (¡qué espanto!)
de un Dios... de un Dios... (ahogada lo repito:)
que ambigua entre la gracia y el delito,
por mas que con su auxilio lo embaraza,
ya repulsa su Altar y ya le abraza.
Veis la esposa de un Dios pérfida ingrata,
que al lazo fiel con que su amor la ata,
vínculo opone, que infeliz la liga;
siendo aquel libertad, y este fatiga.

Veis una esposa infiel, que aun ella misma
transportes acalora en que se abisma;
que en triste alternativa repetida,
delincuente á la vez y arrepentida,
no siendo poderosa á ahogar muy luego
de un sentimiento vencedor el fuego:
mientras velo nupcial cubre su frente...
arder en el amor el pecho siente.

Dice estas últimas palabras con voz baja.

Theotimo todo turbado.

Theotimo.

¡En el amor!... (*) precisa el vencimiento.

Eufemia.

¡Ah! ¡padre mio! dame tu el aliento.

Theotimo.

Yo lo ofrezco, si de ese amor abjuras,
y un eterno divorcio me aseguras.
El corazon se ha de esforzar sincéro
solo hácia Dios: por un momento quiero
que las santas verdades olvidemos,
y solo por ahora consultemos
con flaca luz la reflexion primera,
que nos presenta una razon grosera.
Examinar podrás solo con esta
lo que produce esa pasion funesta,
fecunda en males, que cual bienes dora,

(*) *El se asegura.*

de la felicidad usurpadora,
que lleva al precipicio con horrores,
cubriendo el daño de engañosas flores.
Del amor.... seductor, falaz, tirano,
¿qué es lo que espera el corazon humano,
á quien él con los artes que aqui olvido,
una vez seducir ha conseguido?
La infidencia, el perjurio, la mentira,
y un capricho que acaso el ódio inspira
nos usurpan, nos roban el objeto,
que fijó nuestro amor, nuestro respeto.

Turbasele la voz.

Mas doyte ya un amor constante, fuerte,
pagado de otro igual; pero la muerte....
¡fatalidad terrible! ¡cruel memoria!
la muerte.... sí, nos roba aquesta gloria.
Ella en fin nos arranca (ya lo oistes)
aquel objeto fiel, sobre quien tristes,
anegados de penas y de enojos,
vierten en vano lágrimas los ojos.
Porque sorda al dolor que nos apremia....
insensible al gemido....

Despues de una larga pausa con precipitacion.

á Dios, Eufemia,
á Dios tan solamente amar nos toca.
A Theotimo cree.

Eufemia.

Por tu boca

conozco, padre mio, que habla el Cielo:
su doctrina os aníma con su zelo.
Pero vos ignorais (yo me fatigo):
lo que es amor....

Theotimo vivamente.

Theotimo.

Yo sé.... ¿pero qué digo?
Repórtome (*): ¿y que ha, que dolorida
sufres las penas de esa atroz herida,
que á un impulso mortal sobre severo
abrió amor en tu pecho con su acero?
¿Qué, estas santas paredes son testigo
de tu desórden? abrete conmigo.
Háblame sin temor, hermana mia;
la amistad es quien te oye: en ella fia.

Eufemia con voz desmayada y con encogimiento.

Eufemia.

Mi triste corazon.... sufre estos daños,
y alimenta este fuego ha ya diez años.

Theotimo dando un gran suspiro.

Theotimo.

¡Ya ha diez años!

Eufemia.

Mi llama siempre ardiente
con el tiempo creció monstruosamente.

(*) *Vuelve de su turbacion y mudando de tono.*

Manejo en vano por domarme medios,
el azote, el ayuno, otros remedios.
En vano clamo á Dios; inútilmente
humedezco con llanto muy frecuente
su Altar, su ara, su templo sacrosanto,
y.... (lo que es mas asombro, mas espanto)
el horroroso lecho de la muerte,
que por mas desengaños que despierte,
salen conmigo de él, y con el dia
el crimen y el delito. Mi osadía
introduce este amor tan temerario
á lo mas interior del Santuario.
Ahora mismo, ahora mismo á tus pies puesta,
es cuando mas que nunca esta inhonesta,
turbulenta, imperiosa pasion mia
pervierte mi razon; la descarría;
y el triste corazon se halla bien lleno
de esta mortal ponzoña, este veneno.
Y porque de mi estado nada ignores,
el motivo diré de mis dolores.
Apénas mi edad tierna era marcada
con cuatro lustros, cuando yo era amada,
y amaba al mismo tiempo con porfia:
¿mas quién los homenages me ofrecia
de su amor, el mas tierno y verdadero,
de su pecho, el mas noble y mas sincéro,
de su mano la suerte lisonjera?
Un mortal.... un mortal.... que acaso era

el mas perfecto de los hombres todos:
dotóle Dios con dones de mil modos:
agradable, virtuoso, y á porfia
todo amable.

Theotimo con viveza.

Theotimo.

¿Qué es esto, hermana mia?
¿te enagenas? tu amor es desvarío,
tu corazon....

Eufemia.

El siempre, padre mio,
lleno está de esta imágen: yo trabajo
por.... ¡oh! Dios fiel, á mi pesar te ultrajo....
Mas sigamos, sigamos la memoria
de mi acaso fatal, trágica historia.
Ya en fin iba á cumplirse mi deseo,
ya las luces brillaban de himenéo,
sobre el Altar ya estaban preparados
castos nudos á unirnos destinados;
cuando mano.... que aun me es amada y grata,
los destruye, los rompe, los desata:
me colma de estos males que examino:
me arrastra al claustro, oculta mi destino.
De esta tumba me saca mi querella,
y vuelvo al punto á introducirme en ella,
para nunca jamás volver al mundo,
fomentar de mi pecho en lo profundo
de un amante perdido los dolores,

y ser despojo de estos mis rigores.
Sé, me dijo, ¡ay de mí! que era ya muerto....
aquel á quien yo amaba; mas no es cierto:
él ve esta luz, él goza de la vida,
que va á faltar bien presto á esta afligida.
¡Padre mio! sin duda yo debria....
padecer menos.... ansias. Mi agonía,
mis penas.... acabemos.... yo le adoro....
sabré morir.... pero vencerme ignoro.
No puedo, no, sin destrozar mi pecho
una imágen borrar, que en él se ha hecho
tanto lugar, que amor por conservarla
rasgos de fuego usó para grabarla.
Yo me rindo: del todo desconfio
detestar mi delito: ¡ah! ¡padre mio!....

Llorando.

Ahora es mayor mi amor, mas mi ardimiento....

Deja caer la cabeza sobre sus dos manos juntas.

Theotimo.

¡Ah! ¡infortunada mia! ¡cómo siento
tus males! ¡ay! yo lloro muy de veras
tu destino infeliz: si tú supieras....
nada menos que tú me hallo turbado....
yo sé sentir muy bien tu triste hado.
Tus lágrimas vertidas ya han corrido
hasta mi corazon.... compadecido:
contigo lloro, Eufemia, ya se advierte:
triste memoria, ¿yo debria.... temerte?

Yo me distraigo, hermana.... ya conviene
vencer la compasion que de tí tiene
mi corazon; porque ella en esta parte
no pueda alguna vez lisongearte.
La voz de mi deber que al bien te guia,
te hace patente, aunque con pena mia,
el precipicio que el delito horrendo
bajo tus pasos mismos te va abriendo.
A arrojar ese amor fuerza es te exhorte,
fuente de tanto mal; cuyo transporte
tanto será furor mas verdadero,
cuanto fuere mas dulce y lisonjero.
El es (ó sea amistad, ó sea fineza)
crimen por lo comun; siempre flaqueza:
y en tí (es fuerza que en este tono hable);
indigno exceso de ebriedad culpable.
Ya te lo he dicho, hermana, sin rodeos:
Dios solo ha de llenar nuestros deseos,
arrastrar nuestro espíritu, inflamarle,
y solo como Dueño dominarle.
Sobre él se funda cual robusto muro
toda felicidad, todo amor puro.
¿Y su esposa... sí: tú su amada esposa,
hasta el pie del Altar arrastrar osa
vínculo criminal, el desvarío,
el perjurio? Oh! qué horror! qué horror, Dios mio!
Este Altar, nuestro apoyo y esperanza,

Mostrándole el Altar.

tabernáculo santo de alianza,
sobre que Dios descansa, en donde habita,
este velo, este visó, todo grita
contra tí, hermana mia; estas murallas,
testigo del delito en que te hallas,
te procesan, te citan por su parte,
y levantan la voz para acusarte.
Todo aspira á llevar con prontos vuelos
hasta el trono de Dios, hasta los Cielos
los desórdenes grandes que te oprimen,
tu vergüenza, tus lágrimas, tu crimen.
Un ultrajado Dios, un Dios zeloso
te pide cuentas como Juez y esposo:
levanta el peso; ocupe una balanza
los excesos del mal, á que te abanza
un reprobado amor, tus liviandades:
carga en la otra balanza las piedades
de un Dios, á quien ingrata correspondes:
¿dónde se inclina el fiel? ¿qué me respondes?

Eufemia turbada.

Eufemia.

Suspende, padre, tu esforzado zelo.
¿Qué debo hacer para aplacar al Cielo?
yo me someto á todo, sin dudarlo.

Theotimo con ternura.

Theotimo.

Olvidar ese objeto.

Eufemia.

¡Qué! ¡olvidarlo!

Theotimo.

Borrar los rasgos de él, y hasta la seña
de una imágen tan dulce y alhagüeña.
En pocas voces: solo á Dios sumisa,
alejar de tu pecho te precisa
lo que fomenta de cualquier manera
una inclinacion vil y lisonjera;
y en dichoso combate de mil modos
hacer traycion á tus sentidos todos.

Eufemia.

¿Qué apartado del mundo y de su estruendo,
y sobre el borde de un sepulcro horrendo,
anegada en mi llanto, sin consuelo,
no podré yo sin ofender al Cielo
conservar ni aun un flaco monumento
de un desgraciado amor?

Theotimo en un tono tocante.

Theotimo.

Un pensamiento,
el mas leve recuerdo, te aseguro,
que es un delito, un crimen, un perjuro.

Eufemia con nobleza y ardor.

Eufemia.

Tratar es imposible con mentira
á este Dios que nos oye y que nos mira.
Ya pues cruel... tirano... padre mio,

arrancame ya el alma; aqui te fio
Entra la mano en su pecho.
los tristes monumentos... que he guardado
del ardor mas activo y desgraciado:
letras humedecidas cada dia
con las lágrimas tristes que vertia;
en mi seno... hasta aqui depositadas,
Saca un legajo de cartas que mantiene en la mano.
solo para alimento conservadas
de un amor muy fatal... ¿qué espero? ea,
es preciso que yo me desposea
de todo mi placer, de todo, todo,
y consumar mi pena de este modo.
Veslas aqui, yo en vano las abdico;
Dándole las cartas.
inútilmente aqui las sacrifico;
escritas en mi pecho, que no olvida....
¡ay de mí! Cielos, ya acabó mi vida.
No importa, si mi muerte y sus horrores
va á desarmar á Dios de sus furores.
Vedlas con atencion y me direis,
si he debido yo amar... (*) ¿no respondeis?
Ahora juzgadme... mi alma conmovida...
padre... (**)¡ay de mi! la muerte está esculpida

(*) *Theotimo mira las cartas y cae desmayado sin conocimiento.*

(**) *Levántase el velo.*

sobre su rostro... ¡oh Dios! ¿qué? ¿le castigas
porque siente mis males y fatigas?
Mas aqui socorrerle es lo primero....

Váse hácia él.

Simbal... ¡ay! yo no puedo... yo me muero.

Theotimo tiene ahora la cabeza fuera de la Capilla y le conoce Eufemia. Cae desmayada sobre su silla. Theotimo volviendo en sí por grados abre en fin los ojos, los fija sobre Eufemia y corre con precipitacion á arrojarse á sus pies, tomándola la mano, que la riega con lágrimas.

Theotimo.

Constanza mia, Constanza, mi Señora,
Simbal está á tus pies, Simbal te adora...

Con furor.

Cielo piadoso, tú, tú me la has vuelto:
no te ofendas; mis vínculos se han suelto:
rompiéronse ya aqui mis votos todos:
ellos ya se anularon de mil modos.
¡O amada Religion!... ya te desdeño...

Eufemia recobrando el sentido.

Eufemia.

¿Simbal... eres tú?

Vuelve á caer en su opresion.

Theotimo aun de rodillas.

Theotimo.

Sí: yo soy... tu Dueño.
Yo soy el que te adora, el que ha diez años,

devorado de penas y de daños,
no cesa de llorarte; el que con brio...
sabrá á tus pies morir.

Eufemia volviendo la vista á todas partes.

Eufemia.

¡Ay! ¡Simbal mio!
¡en qué sitio con modo repentino
acaba de juntarnos el destino!
sin poder ya ser nuestros... mi esperanza...
moriremos, pues, juntos...

Theotimo.

No, Constanza;
no moriremos... vive eternamente
para verme adorar con ansia ardiente
tu virtud, tu atractivo y bizarría.

Eufemia.

¡Ah! ¡infeliz! ¿dí, qué error te descarría?
Tiembla, con reflexion mira y repara
todo aquello que sabes nos separa.

Theotimo levantándose con precipitacion.

Theotimo.

¿Nos separa? antes bien sin embarazos
unirán nuestros cuellos dulces lazos.

Rápidamente.

Sin olvidarte (digalo mi llanto);
yo me he ligado al ministerio santo.
Sobre la fe de una noticia incierta,
de una especie falaz, de que eras muerta,

formé mis votos... votos que detesto,
y ante Dios, ante el Cielo ahora protesto,
que el primer voto, el voto mas sagrado
fue adorarte... Yo he de cumplirlo osado.

Eufemia levantándose.

Eufemia.

¡Amarnos! ¡encendernos en la llama
de un voraz fuego que á abrasar nos llama!
¿Cuál es pues tu designio, miserable?

Theotimo con todo el furor de la pasion.

Theotimo.

¿Cuál mi designio? el ser aun mas culpable.
El romper estos yerros, estos lazos
que me aprisionan: traer sin embarazos
un corazon que tú sola domines:
moverte á que á dejar te determines
gimiendo á tus hermanas (¡qué suplicio!)
bajo la esclavitud de este edificio;
el sacarte de aqui, surcar los mares,
buscar seguro asilo en que te ampares;
penetrar las cabernas del profundo,
y volar, si es preciso, al fin del mundo;
á una roca escarpada, á otros parages
mas remotos: cabernas hay salvages,
donde ignorados nuestros propios nombres,
donde aparte del resto de los hombres,
degradados del modo mas horrendo
con leyes que se imponen, resumiendo,

pues que naturaleza lo ha inspirado,
los derechos del hombre en este estado:
sacrifique mi vida en dulce calma
á esta pura afeccion que llena mi alma.
Donde ya en fin contento con quererte,
dueño de mis placeres y mi suerte
me confiese tu esposo en fiel alianza
á presencia del Cielo (*). Sí, Constanza.
La verdad viene á unirnos, yo lo creo:
sin duda es ley suprema el himeneo.
¿Puede pues, si es verdad esta evidente,
desagradar á Dios? él ciertamente
obra es del Cielo en todo soberana,
y triunfador de la impostura humana.
Es un tratado sacro, el primer voto
de la naturaleza á nadie ignoto:
ella de nuestro mal compadecida
dará recursos para nuestra vida.
No será menester, yo lo aseguro,
importunar ningun corazon duro.
A estos pues sus riquezas les dejemos,
que nosotros sin ellas viviremos
en quietud; sin sonrojos.... yo te quiero:
los mayores esfuerzos de mí espero:
porque fuera del crimen que obscurece,
ningun estado al hombre le envilece.

(*) *Vivamente.*

La tierra con mis manos... será abierta,
regada con las lágrimas que vierta,
y á fuerza del trabajo que no huyo,
sabrá corresponder á favor tuyo.
A Dios, que mirará grato y propicio
nuestros años correr bajo su auspicio,
fieles ofreceremos con delicias
de estos simples trabajos las primicias.
Tiernos amantes, fieles con extremos
en casto amor á Dios bendeciremos.
Nuestros hijos con dóciles lenguages
repetirán los mismos homenages.
Instruidos por nosotros con esmero
le amarán como á padre. Yo lo espero.
No le ofendemos, no, pues ciertamente
él solo inspira ardor tan inocente.
Aun antes de que fuesemos unidos
en un casto himeneo, mis sentidos,
el alma de Simbal solo á tí grata
te era sumisa en propension inata.

Despues de un instante de silencio.

Gran Dios, sobre tu Altar por mas firmeza

Pone una mano sobre el Altar, y con la otra toma la de Eufemia.

hoy oso hacer testigo á tu grandeza.
Ved aqui pues, lo que ofrecer procuro:
yo á tí, Constanza, por mi esposa juro,
á quien el Cielo en dulce compañía

me unirá para siempre. Sed pues mia.

Eufemia irritada.

Eufemia.

¿Habla Theotimo aqui? que no es arguyo
su lenguage el que oigo.

Theotimo.

No, no es suyo.
Este es el de Simbal... el de un furioso.

Eufemia.

¿Qué propones?

Theotimo.

Tu dicha y mi reposo.

Eufemia.

Nuestra vergüenza, nuestra desventura.
¿Tocaba á una muger, á su ternura
el salvar tu virtud hasta aqui fuerte,
de la indigna flaqueza en que se advierte:
revocar unos pasos, que ya has dado
empeñado en el crimen y el pecado;
representarte en fin por varios modos
nuestros deberes ultrajados todos?
Sal de este sitio.

Da algunos pasos para irse.

Theotimo siguiéndola.

Theotimo.

Escucha.

Eufemia.

Fuerza es irme;

huye lejos de mí.

Theotimo siguiéndola.

Theotimo.

Tú habrás de oirme.

Eufemia.

Vé, parte, huye... mi alma confundida...
¿pero acaso con intencion torcida
podrás aqui excitarme á que sacuda,
á que rompa mis votos? No sin duda.
Jamás tus ojos con tan mal intento
se abran sobre los mios: al momento
salte de aquí, pues todo lo atropellas,
hasta el vestigio de tus locas huellas.
Tu nombre falte ya de mi recuerdo,
amante mio... ¿qué digo? yo me pierdo.
Es fuerza separarnos: huye y vive:
primero es Dios, que nuestra union prohibe.
Dejame ya morir; piensa en dejarme.
Y... vive tu, Simbal, para llorarme.

Da algunos pasos y se detiene.

Mi suerte aprecio, en ella me resigno:
dejame... y sé de Dios Ministro digno.

Theotimo.

Hierame el Cielo ya con su anatéma:
Eufemia se abanza hácia el fondo del Teatro.
yo no te he de dejar.

Váse hácia ella con furor.

Eufemia.

¡Qué ciego tema!
¿qué quieres infeliz? (¡qué fatal suerte!)

Theotimo siguiéndola siempre.

Theotimo.

A Constanza, á Constanza, ó á la muerte.

Cae la cortina.

ACTO TERCERO.

Levántase la cortina. El Teatro representa un Panteon, donde se ven muchos túmulos ó sepulcros de diferente forma, y algunos arruinados por el tiempo: las paredes cubiertas de epitafios; bóvedas medio abiertas, cuyas piedras están quebradas. A un lado del Teatro una escalera con balaustre ó varandilla de piedra, enfrente de la escalera una bóveda ó cueva soterránea, que no se le vé el fin: en la extremidad del Panteon se perciben aun otros túmulos ó sepulcros: columnas, sobre quienes descansan unas urnas, que son emblema de la eternidad: una de estas columnas está en la parte anterior ó delantera del Teatro. Se observará que los sepulcros estén en los lados, para que no estorven á los espectadores la vista de la accion: la que se aparenta pasar en medio de la noche.

ESCENA I.

Eufemia sola.

Aparece en lo alto de la escalera con una palmatoria en la mano en una extrema agitacion: mira á todas partes; levanta los ojos al Cielo; se abanza temblando; baja algunos escalones: vuelve á levantar los ojos al Çielo; deja caer como oprimida del dolor, primero una mano, y despues la cabeza sobre el balaustre, agitada con grandes movimientos; hace esfuerzo para volverse y al segundo paso cae, dando un gemido; permanece algunos momentos en esta situacion dolorosa; levántase, continúa bajando con la misma turbacion, y da algunos pasos sobre la escena.

Eufemia.

Circundada de lúgubres horrores...
de tumultos funestos y temores,
temblando á cada paso... sin camino,
descarriada, incierta... en mi destino,
llevando á mi pesar conmigo misma
un infierno de horrores que me abisma;
camino... en seguimiento de mi suerte
á la... luz de esta antorcha de la muerte...

Da algunos pasos.

¡Parca piadosa, si con otros fiera,

que tu bárbara mano no me hiera!

Pone la palmatoria sobre un sepulcro de forma cuadrada, y deja caer sobre él algun tiempo ambas manos y la cabeza: despues la levanta, dejando una de las manos sobre el sepulcro, y levantando los ojos al Cielo, continúa.

¡Oh Dios! á quien una afligida invoca,
¿qué promesa se ha caido de mi boca?
¿Corazon, y formarla tú has podido,
y aun respiro? ¡mi Dios, yo he prometido....
amar! ¡hacer traicion á mis promesas,
á mis votos, huyendo con sorpresas
de esta santa morada! ¡ay! ¡en que habito,
y colmar para siempre mi delito!
Simbal (*), Simbal de sí mismo olvidado,
de su oficio, de Dios y de mi estado,
en medio de esta noche triste, obscura,
y á favor de sus sombras, se procura
conducir á este lóbrego parage,
de la muerte aposento y hospedage,
por aqueste conducto, oculta mina,
que fuera de estos claustros se termina,
para llevarme.... (¡qué arrojado intento!)
para siempre.... ¡y es este ya el momento!
aqui se asombra mi alma de pesares:
desertora desde hoy de los Altares,

(*) *Mira al soterráneo.*

fugitiva de Dios desde este instante,
yo vengo á ser una pérdida amante.
Ya mi mano sacrílega é indolente
va á arrojar sin vergüenza de mi frente
este velo, esta toca que ahora llevo,
garante de una fe pura que debo,
para substituirles sin recato
del delito y perjurio el aparato;
todos los signos que usan los mundanos
con arte seductor; viles, profanos
monumentos, que en mi memoria imprimen
mi deshonor, mi escándalo, mi crimen:
de clima en clima sin fijar destino,
errante, vaga, incierta, sin camino
me expongo á la desdicha que está unida
á la ignominia; á tolerar por vida
la suerte del Apóstata; á la dura
necesidad de huir con amargura
de mi pais: de renunciar mi estado,
esta casa que tanto me ha educado
en la virtud, mi nombre, y asimismo
mi providad, y... ¡y qué se yo! á Dios mismo...
Abandonada á mi furor maldito
hija desconocida, sorda al grito,
que la naturaleza dar procura,
dejo á mi infeliz madre en la clausura,
cuyo infortunio, cuyas agonías
yo sola consolaba, y cuyos dias

estaban sostenidos y auxiliados,
de mis flacos socorros y cuidados,
á que muera (la voz ¡ay! retrocede;)
de miseria... y dolor... mas á quien puede
Deja el sepulcro con vivacidad y viene en medio del Teatro.
hacer traicion á Dios, ¡qué mucho cuadre
hacersela tambien aun á su madre!
no: yo no olvidaré en mi desvarío
mi deber y mis votos: ¡oh Dios mio!
resume sobre Eufemia, que se abisma,
tu poder todo: venceme á mí misma.
De Simbal triunfa: ¿acabaré ya? ¡oh Cielo!
sé tú solo á quien ame con desvelo.
Deja de probar ya mi flaco aliento
con los nuevos combates que en mí siento.
¡Omnipotente Dios! ¿tú por ventura
puedes temer algun ribal? Apura,
anonada, destruye en este instante
la criminal desconocida amante,
y reanima (á ti Dios es fácil cosa):
la fe sagrada de la fiel esposa:
ceda el profano amor al Soberano,
ó muera en fin al golpe de tu mano...
Con fuerza.
Sí pues: yo moriré. Me es fácil esto:
perderé de mi vida un vano resto.
Pero perder mi amor, Simbal, perderte!...

¡que yo te olvide! ¡que mi pecho acierte
á negarse con modo el mas severo
al destino tan dulce y lisongero
de vivir para tí tan solamente,
formar toda tu dicha, y con fe ardiente
amarte siempre mas! No, no es posible.
Sé mas severo, ó Dios, mas inflexible:
redobla mi suplicio; abre la herida;
penas añade; arrancame la vida:
mas no podrás destruir, no ciertamente
este amor infeliz que el alma siente.

Va en medio de la escena juntando las manos y levantándolas hácia el Cielo.

¡Ah! ¡muger detestable, infiel, blasfema!
¿dónde te lleva la ebriedad extrema
de ese amor, que ejecuta ha muchos dias
por un vengador rayo? "Dios, decias,
»su gracia, su poder no son bastante
»para vencer, para quedar triunfante
»de esos tus criminales movimientos,
»de esos transportes fieros, turbulentos,
»que contra tí en estrecha liga unidos
»sublevan y combaten tus sentidos."
¡Qué error tan execrable! ¡qué blasfemia!
dí mas bien que cansado ya de Eufemia,
de su ingrato servicio la ha dejado,
y su eterno repudio ha pronunciado.
Di que él ya no es tu esposo placentero;

sino tu Dios ayrado: Juez severo;
tu decreto de muerte (¡ó caso horrible!)
ya lo firmó: detente, Dios terrible...

Con ternura.

¿Qué? ¿nuestro corazon sin ofenderte
abrirse no podrá á la feliz suerte,
al placer dulce, al natural destino,
de amar y ser amado? Tu divino
soplo, que solo hacer lo bueno sabe,
encendió del amor el fuego suave.
Tú le crias, ó Dios, con el fin santo
de enjugar nuestras lágrimas y llanto:
todo publíca el esplendor, la alteza
de tu divinidad y tu grandeza....
mas tu bondad, amor tan solamente
la hace sentir sin otro concurrente.
Sumisa á tu poder y fervorosa,
yo adoro á mi Señor; pero la esposa...
la esposa de Simbal.... sí, por ventura
hubiera amado á Dios con mas ternura.

Da algunos pasos.

Infeliz, sigue, al Cielo insultar osa...
juguete ya de una alma licenciosa,
de un duro corazon tumultuado,
en sus mismos deseos anegado,
me falta la razon: toda me ofusco:
yo me ignoro á mí misma, si me busco...

Vá hácia el soterráneo.

Simbal aun no parece, él no se advierte
entre estos lechos tristes de la muerte.

Vuelve hácia el sepulcro.

¿Qué acaso podrá haber que le detenga?
¡ay de mí! huyame siempre... jamás venga...
Mas ¿qué digo? ¿son estos mis deseos?
¡No ver mas á Simbal! ¡á mis recreos
negarme eternamente con desvio!
¡ó cariño! ¡ó ternura! ¡ó Simbal mio!
pero, ¡ó Dios! yo recaigo á cada punto:
sostenerme no sé contra el conjunto
de los duros combates que en mí advierto:
y flaca cedo en fin al desconcierto
de mis sentidos, contra quien porfio.
Piedad, Señor... piedad... piedad Dios mio.

Cae sobre una de las gradas del sepulcro extendidos sobre él ambos brazos.

ESCENA II.

Eufemia y Theotimo. Se ve venir éste como desde lejos por el conducto ó cueva, acercándose con todas las señales de la inquietud: se abanza y mira hácia todas partes: la escena está siempre flacamente iluminada.

Theotimo.

En vano busca aqui mi diligencia
con inquietas miradas é impaciencia

á Constanza; ¿cómo se habrá ocultado
á un excesivo amor, á un fiel cuidado?
La ve sobre las gradas del supulcro, y corre á ella.
¿Mas qué miro? ¿en qué estado opresa y triste?...

Eufemia como volviendo de un profundo desmayo.

Eufemia.

¡Ay Simbal! ¿eres tú? ¿qué al fin veniste?

Theotimo.

Yo soy: tu amante es, tu fiel esposo,

Vivamente.

que enjuga compasivo y amoroso
para siempre tus lágrimas copiosas:
¿por qué estas turbaciones espantosas
en momentos que tanto deseamos?

Eufemia mirando á Simbal con ternura.

Eufemia.

¿Por qué Simbal? ¿por qué? ¡ay de mí!

Theotimo alargándola la mano.

Theotimo.

Salgamos
de tan horrible habitacion: ven presto:
todo está pronto.

Eufemia con turbacion.

Eufemia.

¿Todo está dispuesto?

Theotimo vivamente.

Theotimo.

Levanta ya (*); tu libertad recobra;
sigueme pues sin miedo ni zozobra.
Mis amigos esperan (**): ¿desconfias?
Tu sabes que mis dichas, que mis dias
dependen (ya lo han dicho mis extremos;)
de este feliz instante: no tardemos.

Eufemia apoyada sobre el supulcro, y mirando á Simbal con lágrimas, rebate su mano.

Eufemia.

Simbal...

Theotimo.

¿Lloras? ¿mi mano has rebatido?...
¿no ofreciste?...

Eufemia.

Morir he prometido...

Theotimo.

Constanza mia, ¿mi esposa, dí, no eres?
¿Se acabó ya tu amor? ¿ya no me quieres?

Eufemia.

¡Ah tirano! ¡ah Simbal! amado amante...

Mirando con notable ternura.

Dios solo es tu ribal; esto te espante.

Theotimo.

¿Y qué dices con eso? ¿por ventura

(*) *Levántala.*
(**) *Tomándola de la mano.*

no eres mi esposa?

Eufemia dejando el sepulcro.

Eufemia.

¿Tuya? ¡qué locura!
solo lo soy de un Dios grande, zeloso,
que prohibe admitir un otro esposo.

Theotimo con desesperacion.

Theotimo.

¡Por qué mano me hieres, Dios sañudo!
¿de qué hablas tú? ¿de un vínculo, de un nudo,
que injusticia, traicion, error, falencia
te obligan á apartarte con violencia?
¿Antes que á Dios no hiciste ofrecimiento
á mí de ser mi esposa? dí que miento.

Eufemia.

Es verdad; pero dime por tu vida;
si Constanza por fuerza conducida,
y aun arrastrada al pie de los altares,
padeciendo violencias á millares,
hubiera de alguno otro ya aceptado
las solemnes promesas; si forzado
se me hubiera por fin sin ser gustosa
á entregarle mi mano, á ser su esposa;
en este caso, dí, Simbal, ¿qué hiciera
tu amor con reclamar? Si ya me hubiera
el estado á sus leyes subyugado:
¿pudiera, dí, tener justificado
derecho tu capricho ó tu deseo

para poder romper este himenéo?

Theotimo con furor.

Theotimo.

Tuviera los derechos que afianza
una pronta legítima venganza.
A un amor como el mio, si se ofende,
le es legítimo todo lo que emprende;
con heridas mi rabia y mi despecho
penetrára al raptor; y hasta en tu pecho....
mas este Dios, que adoro, en quien confio,
y á quien para mayor suplicio mio
la tierra hace por modos inauditos
cómplice de su crimen y delitos;
este Dios, á quien quiere la mentira,
y la credulidad (segun lo mira
su capricho severo ó indulgente,)
pintárnosle feroz, cruel, inclemente;
él ve desde los Cielos con enojo
á estos groseros hombres cuyo antojo
no teme atribuirle sus errores,
y cubrir con su nombre sus furores.
No: jamás el Eterno forjar supo
tal cadena; ni en sus piedades cupo:
su grandeza, su amor por consiguiente
de estos pesados yerros se resiente.
Un homenage libre y absoluto,
y no un voto forzado es el tributo
que le da la razon: solo esto pienso

que es el mas puro y agradable incienso
que se eleva á su trono suavemente.
Ingrata, este Dios grande, Dios clemente,

Rápidamente.

Dios benéfico fue el que aqui me trajo;
el que en este momento á tu trabajo
daba fin; destrozaba tus prisiones;
quien, terminando nuestras aflicciones,
nuestros tormentos, nuestras duras penas,
mudaba en dulces nudos tus cadenas:
me nombraba tu esposo; me llamaba
á tus brazos; él es quien ordenaba,
para dar complemento á mi deseo,
nuestro casto, feliz, dulce himenéo...
mas no me oyes; no atiendes mi quebranto;
tus ojos anegados en el llanto....

Con ternura.

Adorada Señora, esposa amada,

La toma la mano.

mi alma está de dolor despedazada:
no me resistas mas; sed, pues, ya mia...
no esperemos la luz clara del dia;
entregate á mis brazos; ya tardamos;
huyamos de este sitio; vamos, vamos...

Eufemia le deja y va á apoyarse en la columna funeral que está en la parte anterior del Teatro. Teotimo la sigue.

¡Es posible! ¿tú siempre con rodeos

mas rebelde y negada á mis deseos?....

Vuelve al medio de la escena.

¡Tú me aborreces! cruel, sí, ya lo entiendo;
estas horribles penas que sufriendo
está mi corazon por tu entereza,
solo es lo que restaba á tu fiereza:
tu debiste mostrarme desde luego
ese tu corazon duro á mi ruego,
que se puede gozar, como se advierte,
en mis penas; debistes oponerte
con franqueza animosa y valentía
á esta fuerte, imperiosa pasion mia;
combatir mis proyectos; descubrirte;
satisfacer tus ódios; aplaudirte
en esos nudos que tejió el infierno,
para un penar sin fin, un mal eterno;
osar decirme en fin... que no me amabas;
que unos dias odiosos me dejabas;
que querias mi muerte... sin tardanza;
y una muerte espantosa.... ¡ah! mi Constanza,
¡y este golpe tan fiero, tan tirano...

Llorando.

es Simbal quien lo sufre de tu mano!

Eufemia volviendo á Simbal con precipitacion.

Eufemia.

Oye, amado Simbal, querido amante...
no esperes tú jamas que en este instante
Constanza disimule sus errores.

Cediendo á mi ternura, á mis ardores,
ó á este que me consume voraz fuego,
todo lo he prometido; no lo niego;
vencida de pasiones al tumulto
iba á inmolarlo todo; no lo oculto:
yo volaba, Simbal, sobre tus pasos,
insensible á mil riesgos: los acasos,
las amenazas con que el mar aterra
despreciaba animosa: de la tierra
hasta la extremidad sin cobardía
á seguirte mi amor se resolvia.
A los desiertos mas inhabitables
llevaba yo mi amor; y aun muy amables
me fueran en tu vista sus horrores.
Yo te sacrificaba sin temores
mis votos, mi opinion, mi patria amable,
mi reposo, mi vida deplorable,
todo en una palabra... ¡error tremendo!
á este Dios mismo que atrevida ofendo.
Ahora para colmar mi dolor fiero,
ahora mas que hasta aqui te adoro y quiero;
dígolo (asi mi dicho se acredita);
en estos sitios que la muerte habita;
ante el Cielo que traigo por testigo,
cuyos rayos fiadores del castigo,
mi alma ya temerosa los escucha
estallar sobre mí... con saña mucha.
Próxima en fin á dar en el abismo

se abren mis ojos, y á este tiempo mismo
miro... atiendo, con reflexion medito
todo mi crimen, todo mi delito.
Tú te irritas, Simbal, mas muy en vano,
contra estos sacros nudos, que con mano,
con acierto, con númen inspirado
la ley y Religion han consagrado.
A tí apelo, Simbal, ya mi Juez eres:

Con nobleza.

olvida que me amas, que me quieres;
salga por un momento desterrado
el amor que tu pecho ha preocupado;
á tu razon consulta por tu vida,
y á tantos años de virtud seguida;
la equidad te conduzca, la prudencia,
la providad te inspire; ahora sentencia.
Yo contraté con Dios; él al momento
recibió mi palabra y juramento:
¿y querrás tu Simbal, que por sorpresa,
á pesar de mis votos y promesa,
que hasta aqui he desmentido pecadora,
mi cobarde traicion intente ahora,
arrancándome hoy de este sagrado
Altar, á que mi fe me ha consagrado,
romper abiertamente y sin recato
este solemne, natural contrato?
Gran Dios, yo lo conozco, yo lo digo;

Da algunos pasos mirando al Cielo.

culpa bastante digna es de castigo
el llevar á tu templo con ultrage
un criminal, adultero homenage;
fomentar de mi seno en el secreto
los perjuros, que contra tí cometo;
alimentar pasiones y apetitos,
sin añadir la audacia á mis delitos.
No, Simbal, no podrás lisongearte;
mi perfidia y maldad en esta parte
respetará á lo menos (Dios me obliga);
la sagrada cadena que me liga.
Yo sabré someterme resignada
bajo su peso, mientras que apiadada
la clemencia divina, apagar quiera
la de mi pecho criminal hoguera,
mientras que hace borrar con mano fuerte
en él tu imagen ó la pronta muerte
sepulta del olvido en las regiones
mis ignominias y mis confusiones.
Simbal, Simbal, si te es Constanza amada,
imitala en vencerte: en tí traslada
su egemplo, su valor; tu ardor reprime;
recobra tu virtud; tu culpa gime:
á Theotimo señalame; aquel hombre
justificado, cuyo solo nombre,
acusando tu loco desvarío,
te instruye en tu deber, y á mí en el mio.
Dios ciertamente este valor me ha dado;

yo puedo recaer en mi pecado;

Durante esta estrofa Theotimo muestra varios signos de agitacion.

sálvame de mi misma... yo lo ruego:
¡ah! Simbal... ¡ay! ¿qué he dicho? yo se el fuego
de mi amor: huye, vete, corre, parte:
separemonos; sal por esta parte,

Se abanza hácia el soterráneo.

que aqui te ha visto entrar con osadía
para mayor vergüenza... y pena mia...
Dejame conservar sin competencias
este dominio sobre mis potencias...
Constanza te lo pide; sí, á ello asiente.
A Dios, Simbal... á Dios eternamente.

Theotimo señalando al soterráneo, y recorriendo el Teatro con furor.

Theotimo.

Bárbara, no, no es este mi camino.

Corre hácia la parte anterior de la escena y Eufemia le sigue.

Eufemia.

¿Qué dices? ¡ay!... ¿cuál era tu destino?
esas miradas que el furor enciende...
¿cuál es pues tu designio?... ¿qué pretende?

Va Theotimo hácia la escalera y ella corre á él.

¡Ah! Simbal... ¿dónde vas? detente... advierte...

Theotimo con impetuosidad.
Theotimo.
Ingrata, yo voy ya... á satisfacerte.
Eufemia.
¿Qué?
Theotimo volviéndose.
Theotimo.
Es poco que Simbal espire y muera
á tus golpes, cruel: la muerte fiera
parece á tu rigor dulce suplicio:
tu pides pues mayor mi sacrificio:
quieres que aun sin morir por varios modos
se concentren en mí los males todos;
todas las rabias; un morir eterno;
y los tormentos todos del Infierno;
los transportes de aquestos desdichados
del absintio y la hiel embriagados
tu los sabes: yo voy á abandonarme
á todos sus furores; á secarme
en cárceles obscuras, inundadas
de las lágrimas mias derramadas;
á maldecir por vida mi destino,
y una existencia horrible... que abomino.
Mis penetrantes gritos, mis sollozos
lleguen á tí desde estos calabozos;
déjense oir desde estas hondas cuevas,
que el ódio profundiza; dente nuevas
de mi dolor; inquietente un momento,

y arránquente un suspiro, un sentimiento.
Para agotar pues, penas tan tiranas
me voy á presentar á tus hermanas:
voy á ofrecer un corazon amante,
á corazones hechos de diamante;
á encender su furor con la sincéra
confesion de mi culpa; á armar su austéra
virtud contra mi pecho generoso
en el nombre de un Dios grande y zeloso.
El claustro, sí, cuyo imprudente zelo
victimas quiere con rabioso anhelo,
puede en mí ensangrentar ya sus furores;
él va á saber mis culpas, mis errores;
sabrá que en vez de santos movimientos
y religion, mi pecho con fomentos
alimentaba solo cauteloso
mis pasiones: que cuando Religioso
á Dios, al parecer, rendí sin vicio
fiel homenage, puro sacrificio,
era á tí y á tu imágen solamente,
á quien yo respetaba reverente:
él sabrá que Simbal ha pretendido
sacarte de sus muros: que no han sido
sus lágrimas capaces á moverte;
que una alma sin piedad te tocó en suerte;
que muero... de dolor, de rabia, de ira...
que á mi perdicion corro...

Va á subir la escalera.

Eufemia queriéndole detener.

Eufemia.

¡Ah! Simbal, mira...

Theotimo siguiendo su camino.

Es en vano, cruel.

Eufemia siguiéndole.

Detente... espera.

Theotimo.

No impidas mi designio: aparta... fiera.

Eufemia.

El corazon me pasas; ¡ah inhumano!
¿Será bien que con modo el mas tirano
me aumente sustos tu cruel venganza?
Ve aquí á tus pies bañándolos Constanza.

Arrójase con precipitacion á sus pies.

No prosigas, Simbal... ve mi quebranto

Theotimo levantándola.

Theotimo.

Bien conoces la fuerza de tu llanto:

Da algunos pasos volviéndose sobre la escena.

yo obedezco á tu gusto, en él me empleo;

Mírala con ternura.

pero cumple, Constanza, mi deseo...

Arrójase á sus pies.

Yo y mi dolor que cruel me despedaza
es quien besa tus pies, quien los abraza:
quien te ruega, te obliga, te porfia...
Constanza de mi alma, esposa mia,

mira mis penas, mis desasosiegos,
¿te podrás pues negar á tales ruegos?
Salgamos de este sitio sin tardanza,

Levántase con vivacidad y la estrecha en sus brazos.

apresura tus pasos, ven, Constanza.

Eufemia llorando.

¡Ay! ¿qué quieres?

Theotimo.

Mi dicha.

Eufemia.

No; mi muerte.

Theotimo.

Dí la mia, si tardas resolverte...

Tira de Eufemia hácia el soterráneo.

Eufemia.

Apénas me sostengo: ¡qué cuidados
combaten mis sentidos desolados!
Yo espiro... y muero... ¡ó Religion querida!

A Theotimo.

Simbal, escucha un rato... por tu vida.

Detiénese.

¿Sabes que en estos claustros vive y pena
mi amada madre de miserias llena?

Theotimo con sorpresa é indignacion.

Theotimo.

¡Tu madre aquí! ¡qué acuerdos tan fatales!
qué nombre! ó Dios! quién causa nuestros males!

Eufemia con ternura.

Eufemia.

Deja, Simbal, tan tristes pensamientos;
ella ha tomado nuevos sentimientos:
y en fin es madre... quien por nuestra huida,
por nuestra fuga queda desvalida;
muévate su abandono... él te quebrante.

Theotimo se detiene con Eufemia.

Theotimo.

¿Tu tratas de parientes con tu amante?...
¿conmigo, cuyo amor, cuya esperanza
jamás supo adorar sino á Constanza?
¡Ah! no tienes mi corazon, aleve.
La Condesa de Orzé probar no debe
la vergüenza, el horror de la indigencia.
A pesar de distancias y de ausencia
será nuestro socorro quien provea
sobradamente su infortunio. Ea...

Tira otra vez de Eufemia.

vamos: el tiempo corre y se apresura:
ya percibo que de esta estancia obscura,
de esta bóveda fúnebre y sombría
se disipan las sombras con el dia.

Eufemia.

Qué? hacer traycion á Dios,.. no... yo no puedo..

Arrodíllase Eufemia con las manos elevadas hácia Theotimo.

Theotimo.

No esperes mas tocarme: con denuedo
sabrá sacarte mi amoroso pecho
de estos lugares, aun á tu despecho.

Tómala con violencia y camina hácia el soterráneo.

Eufemia despavorida.

¿Qué intentas infeliz?...
Simbal... Dios mio...
yo muero... ¡Entre tus manos, hombre impío,

Se le descompone el velo.

mi velo hecho pedazos!... teme ahora;
detente... ¡ó Dios! la tierra me devora.

Una de las lápidas que está sobre la escena se abre bajo los pies de Eufemia: la piedra se rompe y rueda con alboroto. Eufemia cae y se hunde en el sepulcro hasta medio cuerpo. La Candesa de Orzé aparece sobre la escalera con una luz en la mano acompañada de Melania.

ESCENA III.

Eufemia, Theotimo, Melania, la Condesa y Cecilia.

Melania viendo á Simbal.

¡Theotimo!

La Condesa dejando caer la vela y cayendo en los brazos de Melania.

La Condesa.

¡Simbal!

Cecilia abre una puerta que cae al Panteon, vuelve atras espantada. Eufemia y Theotimo son heridos del terror, lo que les hace no ver los otros personages. Eufemia apénas vuelta de su opresion.

Eufemia.

¡Dios enojado!
yo caigo en fin bajo tu brazo ayrado:
aqui él me llama; aqui donde destruye
mi substancia mortal; donde concluye;
donde ha sellado ya su poderío
el término á mi osado desvarío;
donda van para mí á correr bien presto
siglos de padecer: ¡trance funesto!
la eternidad.... terrible.... nada dista;
ella se ofrece á mi finada vista:
aqui espero morir.... mi fin es cierto,
y ya aqui mi sepulcro miro abierto.

Theotimo quiere sacarla, y ella le desvia con indignacion.

Malvado hombre, de tu intencion desiste;
huye lejos de aquí: mi muerte triste
pueda abrirte los ojos. ¿No te toca,
no hace retroceder tu pasion loca
de esta sepulcral piedra el alboroto,
que bajo de mis pasos Dios ha roto?
El pone á tus designios embarazos,
y ha corrido á arrancarme de tus brazos:
él para que escarmiente tu locura

me precipita en esta sepultura;
su justicia me cita; su castigo;
tú has de comparecer tambien conmigo:
no entiendas de su espada... haber de huirte;
él amenaza... pronto se halla á herirte:
por entre estas tinieblas su luz clara
te viene persiguiendo: lee y repara
el decreto fatal de tu delito
en estas piedras fúnebres escrito...
El rayo viene, á entrambos hiere el trueno;
el infierno... el infierno abre su seno:
¡ó Simbal, que fantasmas horrorosos,
que espectros formidables, monstruosos,
agitados, errantes, aqui giran!
Mis ojos tristes no otra cosa miran,
sino un pueblo de sombras: los difuntos
que aqui yacen, reunidos todos juntos
contra mí se sublevan, se levantan
del fondo del sepulcro: ellos me espantan,
me arrastran... ¡ay! mi muerte se acelera;
voy á ser vuestra eterna compañera,
juntando en estas lápidas sombrías
vuestras tristes cenizas con las mias.
Déjenme de acusar vuestros acentos.
¿No sabré yo aplacar con mis lamentos
la cólera del Cielo? ¡oh Señor mio!
á quien cansa mi culpa y desvarío:
viértase sobre mí tan solamente

la copa de tus iras. Dios clemente,
yo sola venga á ser de ellas despojo:

Con ternura.

aparta de Simbal tu justo enojo:
un dolor de su crimen y osadía
le libre de tu golpe (*). ¡Ah madre mia!
tus socorros me ayuden, yo lo aguardo,
tu ves aqui á Simbal, por quien aun ardo.
Yo iba... ya, madre mia, en esta hora
para siempre á dejarte: infiel, traidora
á mis votos, en vez de sostenerlos
iba ya á serles pérfida; á romperlos:
desde este asilo santo caminaba
á hundirme en el abismo: yo empeñaba
á lo mismo á Simbal; le persuado
á la complicidad de mi pecado:
yo le arrastraba... y Dios de mí apiadado,
lento para vengarse, me ha arrojado
en esta sepultura, en esta fosa...
por no ofenderle, aquí muero gustosa.
De este modo me gana y me recobra.

Eufemia se arroja sobre la lápida, y se abraza con esfuerzo con ella.

La Condesa.

¡Oh santos Cielos!

(*) *Vuelve hácia donde está la Condesa y la ve.*

Theotimo á la Condesa.

Ves aquí tu obra.

Todos quedan por algun tiempo en un profundo silencio. Eufemia levantándose con furor, y poniendo los ojos en Theotimo.

Eufemia.

Qué aun aqui estás? ¿qué mas tu intento quiere?
¿sin tocarse tu pecho el Cielo hiere?
¿no es aun tiempo de darnos por vencidos?
¿amenazados reos, casi heridos
de un terrible anathema, todavia
podremos combatir con rebeldia
contra este Dios benéfico y amante?
¿Esperaremos el funesto instante,
en que uniendo los golpes de su queja,
su trueno horrible, que escuchar se deja,
haya sobre nosotros estallado;
y que para vengar su injuria ayrado,
nos despeñe y arroje en el infierno
á un tormento sin fin, á un fuego eterno?
la suerte que sus iras nos prepara
la acaba de advertir. Simbal, repara,
cede á mis voces, cede á mi advertencia,
á el grito cede de la penitencia;
cede á tu Dios, haz que triunfante quede;
cede a ti mismo y á Constanza cede.

Por la postrera vez que hablo contigo,
digo que te amo: sí, mas tambien digo,
que quiero y debo con valor y aliento
ahogar tan excesivo sentimiento.
Si te inspira mi amor... mas ¿qué profiero?
si te mueve á piedad mi dolor fiero,
si este llanto que ya á mis penas sigue,
algun imperio sobre tí consigue,
si te lastiman estos mis pesares,
volver me deja al pie de los Altares;
á deponer allí remordimientos,

Theotimo se va enterneciendo por grados.

sustos eternos, ansias y tormentos.
Deja mi corazon, que arrepentido
se sacrifique al Dios que él ha ofendido...
Yo miro ya tus lágrimas que asoman,
y ellas sin duda mi defensa toman;
te hablan por este Dios que ahora te absuelve,
que abre sus brazos, que á tu seno vuelve...
No le arroges, Simbal, que es tu remedio;
corre á sus pies á deponer tu tedio.
Simbal, para este Dios supremo, santo,
tiene la penitencia un cierto encanto.
A él le enternecerán nuestros dolores,
y él se desarmará de sus furores.
Solo falta que hácia él un paso demos,
y perdonados por su amor seremos.

Theotimo llorando amargamente, y despues de una larga pausa.

Theotimo.

Venció Dios; sí: su gracia está en tu boca:
yo cedo á su poder; por tí me toca:
tú al Altar me revocas del abismo,
á mis oficios todos, á mí mismo;
á diez años completos de virtudes,
casi perdidas ya, si tu no acudes
con la ayuda que el Cielo te concede.
Mi corazon en vano oponer puede
á tu imperiosa voz impedimento;
tus lágrimas... han hecho en mí un portento.
¿Mas soy yo por ventura quien profiero
esta triste palabra y no me muero?
y voy á renunciar... ya sin tardanza..
de mi amor... de mi vida... de Constanza...
sí... á dejarte... á no verte... desde ahora;
á apartarme de lo que el alma adora;
á acabar de tí lejos un destino,
que aborrezco, que temo, que abomino;
á arrancarte por fuerza y con violencias
de mi pecho, sentidos y potencias...
¡Oh Dios! ¿basta con esto? ¿satisfago?
¿Qué mas debo yo hacer de lo que hago?
¿puedo vencerme mas?

..

Eufemia.

¡Oh Dios sagrado!
¿á Theotimo Eufemia ha recobrado?

Theotimo.

¡Ah! jamas pudo haber mas cercanía
del crimen á la gracia. El alma mia
lo está probando demasiadamente;
es muy poco el morir; conoce, siente
los males todos, de que el hombre mismo
es capaz; mira el espantoso abismo
á que me precipito: en fin te dejo...
Yo parto... me retiro... yo me alejo...
yo te obedezco (digo mi osadía),
aun mas que al mismo Dios. Constanza mia...
recibe ya de mí un á Dios eterno.
De disgustos, de penas del infierno...
mi pecho para siempre... devorado...
¡Quién, Constanza, jamás te hubiera amado!

Hácese violencia y sale precipitadamente por el soterráneo. Eufemia siguiéndole con los ojos hasta que le pierde de vista.

Eufemia.

Ya no hay mas que morir. Sí... yo ya espiro:
recibid, Cielos... mi último suspiro.

Cae tendidos los brazos sobre una de las lápidas sepulcrales.

ESCENA ULTIMA.

Eufemia, la Condesa, Melania y Cecilia. Melania abrazando á Eufemia con transporte.

Melania.

Triunfaste en fin: vencido ha tu eficacia;
los transportes, la fuerza de la gracia
han pasado á tu seno. ¡Oh Dios querido!
mi oracion y mi ruego ha sido oido:
Eufemia ha demostrado en sus afectos,
que del número es de los electos.

A Eufemia.

Todas corremos á calmar, hermana,
el dolor que te aflige y que te afana.
Dios se dignó con protectora mano
quitarte los tropiezos: dejar llano
el camino que lleva á la victoria;
gusta tu dicha, goza de tu gloria.
Este choque en que en veces repetidas
las pasiones humanas son vencidas,
hace consolidar con evidencia
de nuestra Religion la subsistencia.

Cecilia.

Ya obedezco á este esfuerzo tan sublime,

yo observaba sus pasos (*): persuadime
á su fuga; yo la hube presentido;
obligada á admitirla ya he sabido,
que el Cielo á la virtud mucho mas premia
despues de los combates.

Melania ocupada en socorrer á Eufemia.

Melania.

¡Ah! ¡mi Eufemia!
¿De dónde viene que en mis brazos yerta
exánime... temblando... casi muerta,
sobre tu frente pálida se advierte
esculpida la imágen de la muerte?
Corramos al socorro de tu hija...

A la condesa con vivacidad.

demonos prisa..., antes que mas aflija
este letargo. ¡Oh Cielos! ¡qué agonía
nos cuesta la virtud! (**) hermana mia...

La Condesa.

Ved, mortales, el fruto desabrido,
que el rigor de una madre ha producido.
O vosotros, que haceis injustamente
traycion á este carácter eminente,
no seais testigos de la amarga pena,

(*) *A Melania.*
(**) *A Eufemia con ternura.*

que castiga, reprueba, y que condena
los errores, que en mí fueron efecto
de un indiscreto maternal afecto.

La Condesa, Melania y Cecilia se unen para tomar en esta situacion á Eufemia muriendo.

Cae el Telon.

FIN.